La Ilustración Artística

Año X — Barcelona 30 de noviembre de 1891 — Núm. 518

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

LA GUERRA CIVIL EN CHILE

La importancia de los sucesos recientemente acaecidos en Chile nos ha movido á consagrarles el presente número, creyendo que habrá de ser grato é interesante para nuestros suscriptores conocer detalladamente el curso y los episodios de una lucha terminada con el triunfo de la causa de la libertad y de la Constitución.

En nuestra tarea nos han auxiliado eficazmente el ilustre jurisconsulto chileno, promotor fiscal en la capital de aquella República, socio correspondiente de la Real Academia de Legislación y Jurisprudencia, etc., etc., D. Robustiano Vera, y los Sres. D. José Mariscal, de Santiago, y D. B. Bustos Sánchez, de Chillán. Al primero debemos el notable trabajo en que con sobrio lenguaje é imparcial juicio se describe el curso detallado del movimiento nacional contra el dictador Balmaceda, y á los dos últimos interesantes fotografías que nos han servido para ilustrar este número y que reproducen personajes, hechos, detalles y episodios de aquella contienda.

A todos enviamos la expresión de nuestra gratitud más profunda por tan señalado servicio, que no dudamos será de gran estima para nuestros suscriptores.



LA JUNTA DE GOBIERNO CONSTITUCIONAL

1. Coronel Estanislao del Canto, comandante en jefe del ejército constitucional. – 2. D. Joaquín Walker Martínez, ministro de Justicia y Hacienda. – 3. D. Manuel J. Irarrazabal, ministro del Interior. – 4. D. Isidoro Errázuriz, ministro de Relaciones exteriores
5. General D. Gregorio Urrutia, intendente y comandante general de armas de la provincia de Tarapacá. – 6. Coronel D. Adolfo Holley, ministro de la Guerra
7. D. Ubaldo Silva, presidente de la Cámara de senadores
8. D. Jorge Montt, jefe de la escuadra y presidente de la Junta de Gobierno provisional. – 9. D. Ramón Barros Luco, presidente de la Cámara de diputados

SUMARIO

Texto. – *Chile. Causas y desarrollo de la revolución que estalló el 7 de enero de* 1891, por Robustiano Vera, Correspondiente de la Real Academia de Legislación. – *Crónica de arte*, por R. Balsa de la Vega. – *Bocetos. La calavera*, por Juan O-Neille. – *Nurmahal*, cuento del Oriente por Luis Gallet, con ilustraciones de Rochegrosse, traducido por E. L. Verneuil. – SECCIÓN CIENTÍFICA: *Coche movido por el petróleo*, por G. Tissandier. – *Nuevas aplicaciones del papel.* – *Nuestros grabados.* – Libros enviados á esta Redacción por autores ó editores.

Grabados. – Ilustraciones correspondientes al artículo titulado *Chile*: La Junta de Gobierno constitucional; Croquis del desembarco y operaciones del ejército constitucional hasta la ocupación de Valparaíso; Campo de batalla de Colmo; Artillería del Gobierno dominando la llanura de Placilla; Cabaña destruída por una bomba de la *Esmeralda* durante el bombardeo del fuerte de Viña del Mar; Panorama del campamento de batalla de Placilla; Campo de batalla de Placilla; Después de la batalla de Placilla; El regimiento de Pisagua en la plaza de Viña del Mar, después de las batallas de Colmo y de Placilla; Los horrores de la guerra civil en Chile. Muertos en las trincheras después de la batalla de Placilla; Galería de San Carlos en Santiago de Chile, donde se celebró el gran banquete de 3.000 cubiertos; Los héroes de la causa constitucional. – Fig. 1. Coche movido á vapor por el petróleo. Invención de los Sres. Peugeot; motor Daimler (de una fotografía). – Fig. 2. Sección y plano del coche movido por el petróleo. – *La atleta miss Victorina.*

CHILE

CAUSAS Y DESARROLLO DE LA REVOLUCIÓN QUE ESTALLÓ EL 7 DE ENERO DE 1891

I

Tres son los poderes en que delega su soberanía el pueblo de Chile, poderes independientes y cada uno de los cuales obra dentro de una esfera propia de acción.

El poder administrativo, delegado en el presidente de la República, al cual auxilian los ministros del despacho, intendentes de provincia, gobernadores de departamento y demás agentes de su autoridad.

El poder legislativo, que reside en el Congreso nacional, compuesto de dos Cámaras, tituladas de diputados una y de senadores otra. Los miembros del Congreso se eligen por el pueblo y representan por consiguiente á sus electores.

El poder judicial, finalmente, es el encargado de administrar justicia, y se elige en la forma que determina la Constitución del Estado.

II

Corresponde al Congreso la formación de las leyes que rigen al Estado, y entre éstas la que autoriza cada diez y ocho meses el cobro de las contribuciones, el presupuesto anual de los gastos de la nación y la que fija y autoriza el mantenimiento de la fuerza pública de mar y tierra. La facultad de censurar los actos del ejecutivo y aprobar ó reprobar sus procedimientos, aunque no reconocida expresamente en la Constitución del Estado, se desprende de la misma naturaleza de sus facultades y ha sido constantemente ejercitada durante más de medio siglo de vida parlamentaria sin observación de ningún género.

El gobierno del Excmo. Sr. D. José Manuel Balmaceda entraba al quinto y postrer año de su administración en abierta pugna con el Congreso.

El Congreso celebra cada año una sesión ordinaria, que se abre el 1.° de junio y se cierra el 30 de septiembre, no pudiendo, fuera de este período, funcionar en sesión extraordinaria sin previa convocación del presidente de la República, el cual determina taxativamente las materias de que debe ocuparse.

Descubierto por los partidos el conato de Balmaceda para dejar en la presidencia á un político de obscuros antecedentes y de dudosa filiación política, se unieron en estrecha coalición, y en los primeros días de junio de 1890, ambas Cámaras, por abrumadora mayoría y tras ruidosos debates, censuraron al Gabinete que encarnaba la política de intervención, declarándolo indigno de la confianza del Congreso. El Gabinete, rompiendo con todas la tradiciones parlamentarias del país, no presentó su renuncia, declaró que mientras tuviera la confianza del presidente de la República no abandonaría su puesto, y días después en una nota altanera manifestó su resolución de no presentarse al Gongreso á contestar una interpelación pendiente sobre inversión de fondos públicos.

Este reto audaz alarmó, no ya á los partidos únicamente, sino al país entero, que vió la persistencia de un plan liberticida y de una política de coacción electoral dirigida por un Gabinete inescrupuloso, compuesto de advenedizos á cuya cabeza estaba el mismo candidato oficial.

El Congreso opuso á la petulancia del ministerio una resistencia tenaz y respetuosa, en la cual lo acompañaba el aplauso de toda la prensa y la opinión del pueblo, que día por día esperaba á los representantes á la salida del Congreso para llevarlos en triunfo á sus habitaciones.

Entretanto y como único medio de coacción que tenía en sus manos para llamar al jefe del Estado al camino del deber, acordó aplazar la discusión de las leyes de presupuestos, de contribuciones y la que fija la fuerza de mar y tierra.

Venció primero la ley de contribuciones, y no estando aprobado su cobro, el país estuvo durante quince días en un total desquiciamiento: paralizados los servicios de correos y telégrafos, entorpecida la administración de justicia, cerradas las aduanas, todo parecía correr á una rápida desorganización.

Alarmado Balmaceda, cedió por un instante y llamó un ministerio parlamentario; mas apenas aprobada la ley que por un instante pareció entorpecer sus planes, sin causa alguna aparente arrojó al ministerio que había obtenido su aprobación y llamó nuevamente á sus amigos y á su círculo de políticos complacientes.

Esta conducta artera é imprudente indignó á lo que había de serio en el país y no hizo más que ahondar, si era posible, el abismo que separaba á ambos poderes.

Para acallar la voz del Congreso, que durante el Gabinete anterior había sido convocado á sesiones extraordinarias, ese mismo día lo declaró clausurado por medio de una nota tan altanera como lacónica, no obstante de no haberse alcanzado á aprobar las leyes de presupuestos y la que fija las fuerzas de mar y tierra.

Entretanto, el tiempo avanzaba y el Gabinete se acercaba cada día más á la dictadura. Se removían los empleados públicos más íntegros para colocar en su lugar á obscuros aventureros que no tenían más mérito que su adhesión servil al gobierno; se nombraba intendentes de las principales provincias de la

CROQUIS DEL DESEMBARCO Y OPERACIONES DEL EJÉRCITO CONSTITUCIONAL HASTA LA OCUPACIÓN DE VALPARAÍSO

A. Lugar del desembarco de las tropas constitucionales.
---------- La línea de puntos indica el camino seguido por el ejército constitucional hasta su llegada á Valparaíso.
Las líneas de cuadrados indican las posiciones de los ejércitos constitucional y dictatorial en las batallas de Colmo y Placilla.
B y C. Línea férrea.



Campo de batalla de Colmo. – Vista tomada desde las posiciones de las tropas congresistas á orillas del río Aconcagua

República á militares que se habían distinguipor sus atropellos y violencias; se coartaba el derecho de reunión; los caudillos de la oposición eran acechados por asesinos que obraban en conivencia con la policía, y finalmente, al salir de una reunión que celebraba el partido conservador, cae muerto en la calle, víctima de un pistoletazo disparado por la policía, Isidro Ossa, casi un niño, que pertenecía á una de las familias más distinguidas del país.

La indignación estalló intensa y sorda. Cuarenta mil ciudadanos, confundidos el senador y el artesano, el banquero y el plebeyo, llevaron al cementerio el cadáver del mártir con religioso sentimiento y silencio imponente, turbado únicamente por el aparato militar desplegado ese día por Balmaceda.

La comisión conservadora que funciona en receso del Congreso, pero cuyas facultades son meramente inspectivas, creyó llegado el caso de reunirse para advertir al presidente de la República que no estando aprobadas las leyes de presupuestos y estando por caducar las vigentes, era de imprescindible necesidad conovocar al Congreso á sesiones extraordinarias. El presidente se limitó á acusar recibo de la comunicación. Insistió en su petición la comisión conservadora, y volvió el presidente á contestar que había recibido la nota de tal fecha. Era, pues, evidente su propósito de resistir al Congreso aun cuando para ello fuera necesario violar la Constitución.



Artillería del Gobierno dominando la llanura de Placilla por donde avanzaban las tropas congresistas

En esta situación llega el 1.° de enero de 1891 y por un simple decreto declara el presidente subsistentes el ejército y la armada y vigentes los presupuestos del año anterior. La dictadura quedaba declarada, el país en plena revolución y Balmaceda fuera de la ley.

Se nota en el ejército algunos actos de insubordinación; se aprisiona á los supuestos sediciosos; ocurren éstos pidiendo protección á la Corte Suprema de Justicia, y el más alto tribunal de la República, de cuya integridad jamás se ha dudado, declara que no existe delito alguno desde el momento que no existe ejército. Al día siguiente al llegar los magistrados al tribunal son dispersados á viva fuerza y arrojados de la sala en que funcionan.

Ambas Cámaras en notable mayoría se reunen privadamente y acuerdan:

1.° Que el presidente de la República D. José Manuel Balmaceda estaba absolutamente imposibilitado para continuar en el ejercicio de su cargo, y en consecuencia que cesaba en él desde ese día.

2.° Que estaban igualmente imposibilitados para reemplazarlo en su cargo sus ministros del despacho y los consejeros de Estado, que han sido sus cómplices en los atentados contra el orden constitucional.

Y en consecuencia, que designaban á D. Jorge Montt para que coadjuvase á la acción del Congreso á fin de restablecer el imperio de la Constitución.

III

En la madrugada del 7 de enero, el vicepresidente del Senado D. Ubaldo Silva y el presidente de la Cámara de diputados D. Ramón Barros y varios otros diputados, entre ellos el prestigioso chileno y gran orador D. Isidoro Errázuriz, se fueron á la escuadra, y en nombre del Congreso, que representa al pueblo soberano, hicieron saber á D. Jorge Montt la resolución antes tomada.

Este aceptó la designación que se le hacía para la organización de una división naval que quedaría bajo sus órdenes para cumplir las disposiciones que se adoptaron por los delegados del Congreso Nacional.

Esta resolución se dió en la orden del día para que llegase á conocimiento de los señores jefes, oficiales y marinería de la división naval.

A las siete de la mañana del día siguiente se supo en Valparaíso la sublevación de la escuadra bajo las órdenes del capitán de navío D. Jorge Montt.

El presidente Balmaceda dictó el mismo día 7 un decreto cuya parte dispositiva dice así:

«He acordado y decreto:

»Desde esta fecha asumo el ejercicio de todo el poder público necesario para la administración y gobierno del Estado y el mantenimiento del orden interior, y en consecuencia quedan suspendidas por ahora las leyes que embaracen el uso de las facultades que fuesen menester para asegurar el orden y la tranquilidad interna del Estado y su seguridad exterior.»

El Sr. Balmaceda por medio de este simple decreto se hizo dictador.

La Constitución del Estado no le daba esta facultad que se abrogó sin precedente alguno en la historia.

Suprimidas así todas las leyes, principió por aprisionar á todos los ciudadanos que él creyó ó que se le denunciaban como partidarios del Congreso. Otros se escondieron y no pocos salieron fuera del país.

Los presos, entre los cuales había personas particulares ó que gozaban de fuero por sus cargos y aun militares, acudieron á los tribunales de justicia. Estos prestaron su protección y declararon que no existía ejército. Balmaceda cerró los tribunales de justicia y no dejó que funcionaran.

Por último, siendo el poder judicial inamovible, él separó á los que quiso y procedió á nombrar otros de su agrado, faltando á las reglas establecidas para sus nombramientos.

Una tiranía espantosa aterrorizó á toda la República.

El derroche de fondos fué sin límites, y en esto procedió á su antojo, puesto que no podía gastar un sólo céntimo porque no existía ley de presupuestos.

Formó un ejército de más de 40.000 soldados, obligando á los pobres á servir por la fuerza.

Dió grados á todo el mundo y fió su poder en la tropa, pagando á los oficiales y jefes crecidos sueldos.

IV

La escuadra sublevada se dirigió entonces á Coquimbo para proveerse de víveres, carbón, etc., á fin de poder trasladarse á Iquique, una vez que comprendió que ni Santiago ni Valparaíso secundaban su movimiento.

Apoderados de la Serena sólo encuentran allí 250 rifles Gras, y con ellos formaron un cuerpo de igual número de individuos que embarcaron á bordo del *Amazonas*, y unidos á los 200 que había á bordo del *Cachapoal* formaron una pequeña división de 500 soldados.

Mas en esta situación se supo que el coronel Robles, mandado por Balmaceda, había desembarcado por Platillas, lo que hacía imposible todo ataque á Iquique, que contaba ya con 1.500 hombres.

Se atacó entonces á Pisagua, que tenía 340 hombres mandados por el coronel D. Marco A. Valenzuela, lo que se verificó á las cinco de la mañana del día 6 de febrero, amaneciendo allí el *Cochrane*, la *O'Higgnis*, la *Magallanes* y el *Cachapoal*.

La victoria coronó los esfuerzos de la escuadra, quedando en poder de los sublevados 200 prisioneros, incluso el comandante de la plaza coronel Valenzuela y toda su oficialidad.

La expedición se dirigió entonces por tierra á Iquique, pero ya la división contaba 1.200 hombres, inclusos 200 que facilitó la escuadra.

El 15 de febrero salió la fuerza expedicionaria del Alto del Hospicio por la línea férrea que une á Pisagua con Iquique; pero al frente de Dolores, el coronel Robles jefe de las fuerzas de la dictadura, los atacó en las alturas del cerro de San Francisco, y después de tener cien bajas se pronunció la derrota en el enemigo, pereciendo allí Villagrán y Riquelme, logrando algunos pertrechos de guerra de que carecía la fuerza constitucional.

Pero pronto se encuentran con las fuerzas de Ro-



Cabaña destruída por una bomba de la *Esmeralda* durante el bombardeo del fuerte de Viña del Mar

bles, que había recibido recursos de toda clase, y á las tres y media de la tarde del día 17 de febrero se trabó el combate en la oficina de Huaras; pero allí la victoria se pronunció á favor de las fuerzas dictatoriales, que pasaron á cuchillo á los prisioneros y heridos, retirándose las fuerzas al Hospicio para no ser cortadas por la división Gana.

chando contra Robles. En fin de febrero se habían concentrado allí 1.000 hombres; pero ya Robles se había reunido con la división Arrate y luego después con la de Gana.

La oposición acampó en las alturas de Iquique para defenderse en la ciudad apoyados en la escuadra para el caso de una derrota.

unos 200 hombres equipados en la *Esmeralda*, dirigiéndose á Iquique.

Entretanto, en Valparaíso se le escapó á la dictadura el Maipo, que llevó á los oposicionistas gente, pertrechos de boca y de guerra.

La oposición había sido derrotada en Ipiza y Hospicio; pero Canto, que hasta de las derrotas sabía sacar ventajas, pudo hacerse pagar bien caros esos desastres.



PANORAMA DEL CAMPO DE BATALLA DE PLACILLA. – Posiciones defendidas por el ejército dictatorial

Mas la escuadra, que supo el 16 de febrero que Robles se había dirigido á Iquique, desembarcó su marinería. El intendente de Iquique, Sr. Salinas, se dirigió á un buque inglés y el cuerpo consular entregó la plaza al Sr. Goñi, comandante del *Blanco*.

Al día siguiente, el coronel dictatorial Soto con 400 hombres se presentó para atacar á la marinería que guardaba la ciudad y que no pasaba de cuarenta hombres. El jefe de ella, D. Vicente Merino Jaspa, se encerró en el edificio de la aduana y se batió desde las doce hasta las seis de la tarde, hora en que llegó refuerzo de la escuadra y obligó á capitular á Soto, quedando las tropas constitucionales dueñas del puerto y destruídas la mitad de las fuerzas de Robles.

Se hicieron venir las tropas que la oposición tenía en Pisagua y se concentraron todas en Iquique, marchando contra Robles.

Entretanto, el 2 de marzo el *Imperial* había desembarcado en Antofagasta gruesas tropas dictatoriales que pretendían unirse á Robles por Cerro Gordo, es decir, por tierra, lo que hacía necesario atacar á Robles con 1.600 hombres que á duras penas habían formado los constitucionales al mando del coronel Canto.

El 3 de marzo se divisaron las avanzadas de Robles en la pampa denominada El Buitre.

El 7 se dió la orden de ataque contra las posiciones de Pozo Almonte, y de 3.000 hombres que combatieron quedaron 1.000 en el campo de batalla, pereciendo en ésta el coronel Robles. La dictadura perdió como 400 hombres. Arrate huyó y la provincia de Tarapacá quedó en poder de la oposición.

El 9 se sublevó la guarnición de Antofagasta, que estaba ocupada por la dictadura, y se embarcaron unos 200 hombres equipados en la *Esmeralda*...

Todo el Norte pertenecía á la oposición, y ya Balmaceda no pensó mandar más tropas para defender á Iquique.

V

Balmaceda, merced á la traición de Amengual y de Salvá en Punta Arenas, que había sido amparada por el general Valdivieso, gobernador de Magallanes, de un mayor Moreno y de otros más, se había apoderado de las torpederas *Lynsch* y *Condel*, que protegidas por el *Imperial* formaban una flotilla que no carecía de importancia.

Gracias á esto, á las cuatro y media de la mañana del 23 de abril, por medio de torpedos lograron

CAMPO DE BATALLA DE PLACILLA

A. Sitio donde estuvo emplazada la artillería del ejército congresista. – B. Población de Placilla. – C. Posiciones de los dictatoriales



Después de la batalla de Placilla

el hundimiento del *Blanco*, que se encontraba en la bahía de Caldera, pereciendo allí cerca de cien tripulantes.

Este golpe parece que retempló los ánimos de los jefes de la revolución, á pesar de que carecían de tropa, de armas y de toda clase de recursos.

La labor de los representantes del Congreso fué más notable que nunca.

En pocos meses aquellos hombres, que no contaban más que con el patriotismo y la justicia de la causa que defendían, tuvieron de todo.

En Iquique se formó entonces una junta de gobierno, compuesta del presidente D. Jorge Montt, del vicepresidente del Senado D. Ubaldo Silva y del presidente de la Cámara de diputados don Ramón Barros Luco.

Esta junta organizó tres ministerios, que fueron: el del Interior, servido por el Senador D. Manuel José Irarrazaval, hombre prestigioso y hábil, notable por su fortuna y por sus relaciones de familia y que contribuyó á dar lustre á la causa constitucional; el de Justicia y Relaciones exteriores, que desempeñaba el diputado D. Isidoro Errázuriz; el de Hacienda, el diputado D. Joaquín Walker Martínez, y el de la Guerra, que le tocó desempeñar al coronel de ejército don Adolfo Holley.

En Santiago quedó funcionando en reserva un comité de caballeros entusiastas que secundaban al gobierno de Iquique.

Las imprentas se mandaron cerrar y no había más diarios que los del dictador.

Era un crimen hablar y escribir acerca de la revolución.

El derecho de reunión desapareció por completo.

Los fusilamientos nocturnos y después en público bajo pretextos frívolos se sucedieron en tanto número que ya causaba horror.

Por fin vino la matanza de *Lo Cañas* que exasperó á todo el país.

En esta matanza pereció una brillante juventud que no habrá lágrimas con que llorarla lo bastante.

Rodeado de hombres de malos antecedentes, Balmaceda se hizo feroz, cruel, sanguinario.

Entretanto los del Sur esperaban que la escuadra viniera cuanto antes á librarles de esta horrible situación.

El comercio, la agricultura y la minería estaban arruinados.

Balmaceda había hecho lanzar millones de papel moneda, porque habiendo desaparecido el metálico existente y agotadas todas las riquezas, las entradas de que disponía, no le eran bastante para los gastos que hacía para sostenerse.

Esta situación debía resolverse en breve, porque este estado de cosas era insostenible por más tiempo.

El coronel D. Estanislao del Canto, que en unión del general D. Gregorio Urrutia habían sido los primeros en secundar el movimiento de la escuadra, comenzaron á formar las tropas que debían venir al Sur á combatir al ejército de la dictadura.

En esta situación, pudo unírseles el coronel D. Emilio Korner, capitán de artillería del ejército prusiano y que vino á Chile contratado por el gobierno para la enseñanza técnica del ramo de artillería y con facultad de usar las insignias de teniente coronel de nuestro ejército.

Korner se fué á Iquique, y desde que llegó se dedicó con todo entusiasmo á instruir á la tropa, prefiriendo el orden disperso que está en vía de ensayo en Europa como el mejor sistema para el combate de artillería.

Las armas para estas tropas no llegaron hasta el 3 de julio, y desde esta fecha se puede decir que principió á tener la causa constitucional un verdadero ejército. Mas era preciso acelerar el ataque porque ya se sabía que los blindados *Presidente Errázuriz* y *Pinto* podían llegar de un momento á otro, y que unidos al *Aguila*, que el gobierno de Balmaceda había comprado á una compañía italiana y que iba á armar en transporte de guerra, podían formar una flotilla bastante respetable, con que poder ir á Iquique y entorpecer las operaciones de la escuadra.

El regimiento de Pisagua (3.° de línea de las fuerzas congresistas) en la plaza de Viña del Mar, después de las batallas de Colmo y de Placilla

Todas las tropas congresistas llevaban en el brazo izquierdo una cinta encarnada como distintivo, pues los uniformes no estaban cortados todos por el mismo modelo ni eran de igual color

Esto, pues, apresuró los acontecimientos más de lo que se pensaba, ya que no se quería emprender la campaña sino con probabilidades de éxito.

La escuadra comenzó su movimiento el 20 de julio, saliendo la tercera brigada en dirección á Caldera, donde debía completarse, vestirse y equiparse.

La primera brigada ocupaba ya la provincia de Atacama.

La segunda salió de Iquique y se dirigió á Valparaíso á sesenta millas de la costa, para reunirse con las dos restantes el 19 de agosto, á fin de obrar directamente contra el enemigo.

BATALLA DE CONCON

El 20 de agosto principió su desembarco en la caleta de Concon el ejército constitucional, compuesto de nueve mil hombres que habían sido traídos en los transportes *Aconcagua*, *Maipo*, *Cachapoal*, *Amazonas*, *Copiapó* y *Biobio*, cuyo convoy era protegido por el blindado *Cochrane*, la *Esmeralda* y las corbetas *O'Higgnis* y *Magallanes* y el transporte *Abtao*.

La caleta de Concon tiene una playa llena de rompimientos, y vencidos todos los inconvenientes, la tropa á eso de las tres de la tarde comenzó á avanzar hacia Concon bajo.

El 21 quedó concentrado el ejército siendo ya las diez de la mañana, presentándosele un gran obstáculo, cual era el río de Aconcagua, invadeable en casi todo su curso.

El ejército dictatorial ocupó las alturas de los cerros que allí existían. Una brigada de artillería número 2, al mando del comandante Silva Renard, se situó en una loma de la ribera Norte del río Aconcagua, frente al ala derecha del ejército dictatorial.

La otra brigada del mismo batallón, mandada por el sargento mayor D. Carlos Hurtado, se colocó en situación semejante, amagando al ala izquierda del enemigo.

El resto de la artillería iba á atacar el centro.

A las once y veinte de la mañana se dió comienzo á la batalla por el ala derecha constitucional con la primera brigada, entrando en acción el ala izquierda una hora después con las otras dos brigadas. Las fuerzas dictatoriales eran mandadas por el general de división D. Orozmibo Barbosa y por el de brigada D. José Miguel Alcérreca.

Las fuerzas constitucionales eran mandadas por el coronel Canto y por el jefe de estado mayor coronel D. Emilio Korner.

Barbosa era un jefe bastante odiado y el que había lanzado á Balmaceda á cometer todos los crímenes que había realizado su dictadura. Alcérreca era un militar joven, valiente á toda prueba, de simpática figura, querido en general, y que si defendía tan repugnante causa, se debía más bien á su carácter caballeresco que por gratitud se creía ligado al dictador. Mas ninguno de los dos jefes eran tácticos ni capaces del puesto que ocupaban.

Balmaceda tenía su ejército dividido en cuatro divisiones. Una estaba en la Serena, la otra en Concepción, la tercera en Valparaíso y la cuarta en la capital.

Aparte de esto, tenía multitud de tropas en las provincias, y esto sin contar las policías y gendarmes que existían en todos los pueblos de la República.

Balmaceda no sabía por qué punto iba á ser atacado y por eso había dividido su ejército.

Al saber el desembarco en Concon, Alcérreca salió de Valparaíso con su división de 7.000 hombres: Barbosa marchó de Santiago con la suya; pero á decir verdad, la tropa que peleó en Concon por parte de la dictadura no bajó de 8.000 hombres. La división de la tercera quedó completamente cortada, y para moverla necesitaba por lo menos doce días.

La división de Concepción podía hacerla llegar por trenes en dos ó tres días y estar á punto para la batalla.

Empeñado, pues, el combate, como dejamos detallado, principió el ejército constitucional por salvar el río de Aconcagua con el objeto de estrechar las distancias y evitar los fuegos de la ventajosa artillería dictatorial, que se había desplegado en línea de batalla.

El río fué pasado en esta forma: regimiento constitucional número 1.°; regimiento Antofagasta 3.°; regimiento Iquique 6.°, que permaneció en la ribera del río aguardando órdenes, yendo el regimiento constitucional á la vanguardia desplegado en guerrilla y protegido por el Antofagasta.

El bravo coronel Korner junto con el comandante Frías avanzaron á la cabeza de estas tropas, atacando con un empuje formidable al enemigo, que estaba atrincherado en un cerro muy escarpado.

Avanzó entonces el Iquique y los valientes del 6.°, y sin embargo los dictatoriales resistían en sus posiciones.

El Tarapacá 9.° de línea y el Taltal 4.° de línea entraron al combate y con este refuerzo el ataque fué entonces más vigoroso, logrando los constitucionales romper el ala izquierda del ejército dictatorial y ocupar el elevado cerro después de haber dejado el campo lleno de cadáveres.

El coronel Canto dirigía el ala izquierda, y ayudado del coronel D. Salvador Vergara sostenía el combate del ala derecha del enemigo.

Destrozado el ejército dictatorial en su ala izquierda, Canto atacó por el ala derecha y por el centro con los regimientos Valparaíso núm. 2.°, Atacama 10.°, Huasco 11.°, Chañaral 5.°, Pisagua 3.° y Esmeralda 7.° de línea, y no pudiendo resistir al empuje de esta tropa, comenzaron los dictatoriales á batirse en retirada.

Entró entonces en acción la caballería constitucional: los escuadrones Libertad 1.°, y carabineros 3.° dieron conjuntamente varias cargas que produjeron completa dispersión en las filas dictatoriales.

Los lanceros, los granaderos y los guías perseguían al enemigo, que huía con suma rapidez y en todas direcciones.

Los constitucionales vencedores tomaron al enemigo una batería de campaña, otra de montaña, dos ametralladoras, unos dos mil rifles y como 1.000 prisioneros entre jefes y oficiales.

Se calculan los muertos del enemigo en más de 1.000 y en 500 sus heridos.

La oposición entre muertos y heridos tendría cerca de 600 hombres.

El número de tropas dictatoriales no bajaba de 12.000 hombres contra 9.000 de los constitucionales.

Los batallones que por parte de la dictadura entraron en acción fueron el Buin y 3.°, 7.°, 9.°, 10.° de línea, el Taiguén, El Temuco, el Victoria, el Mulchén, cazadores y la artillería.

A las cuatro y media de la tarde la derrota se había pronunciado por completo, quedando unos 2.000 prisioneros, aparte del desbande de tropas, que siempre es propio del vencido.

Esta batalla, que selló los primeros pasos del ejército constitucional y que fué bastante encarnizada y sangrienta, era el principio del derrumbamiento de la dictadura.

La prensa de Balmaceda guardó completo silencio; pero en Santiago circuló bien pronto la noticia de la victoria, la que se confirmaba en los aprestos que hacía Balmaceda para enviar más tropas al campo enemigo.

La división de Concepción principió á pasar para el Norte, y en pocos días ya Balmaceda pudo enviar nuevos batallones y reunir no menos de 19.000 hombres, con los que creía poder vengar el desastre que habían sufrido sus armas en Concon.

No obstante, no contaba con el pánico que se había apoderado de su ejército, ni con que Dios protegía la causa de la justicia y del derecho.

BATALLA DE LA PLACILLA Ó DEL ALTO DEL PUERTO

La batalla de Concon no era definitiva, porque el enemigo no había sido deshecho por completo y porque al dictador le quedaban numerosas tropas con que reforzar los restos de las vencidas.

Debía librarse una segunda batalla, y para ello era preciso practicar un reconcimiento en las alturas de Viña del Mar, lo que en efecto se hizo.

El ejército constitucional se dirigió entonces hacia la izquierda, recorriendo un inmenso trayecto, hasta que por fin tomó posesión de la hacienda de Las Palmas, frente al Alto del Puerto, que distaba como tres leguas de Valparaíso.

En esta operación empleó hasta el día de la batalla, que fué el 28 de ese mismo mes de agosto, es decir, siete días después del triunfo de Concon.

El ejército de Balmaceda, además de ocupar siempre posiciones ventajosas, de ser numeroso, de estar bien alimentado y perfectamente equipado, contaba con 60 cañones, al paso que el constitucional no tenía sino 30, contando con los que había utilizado de la antigua victoria.

Estas tropas carecían de todo recurso; pero les sobraba el valor y tenían una fe ciega en el triunfo.

A las siete y veinte de la mañana de este día, que se recordará siempre en la historia de este pueblo libre y altivo, rompió el fuego la artillería dictatorial.

A las diez y media, el ala izquierda del ejército de Balmaceda era completamente arrollada, habiendo además perdido su artillería.

En esta situación el desaliento se apoderó de la tropa y se pronunció una completa derrota.

Los granaderos de Balmaceda fueron los primeros en llegar á Valparaíso sin ocultar lo sucedido.

La caballería constitucional principió á perseguir al enemigo, que huía en dispersión.

Los generales Barbosa y Alcérreca perecieron en el campo de batalla.

En unas cuantas horas de combate, aquel numeroso ejército, con el que se creía invencible el dictador Balmaceda, huía en todas direcciones y cada cual pensaba sólo en su salvación.

Esta batalla, menos sangrienta que la de Concon, daba sin embargo un triunfo completo al Congreso.

Ya nadie podía resistir. Balmaceda estaba, pues, completamente perdido.

Los vencedores se dirigieron á Valparaíso en medio de los vivas más atronadores de un pueblo que entusiasta celebraba el triunfo.

El intendente Viel y los que le rodeaban se embarcaron en buques neutrales para poder huir al extranjero.

A las tres y media de la tarde de ese memorable día, el estado mayor constitucional tomaba la Intendencia y procuraba contener el orden, que había sido perturbado por las tropas vencidas y vencedoras, las cuales entraban todavía haciendo disparos.

Los prisioneros de Concon pidieron al coronel Canto permiso para pelear en el Alto del Puerto y se portaron valerosamente.

Esto probaba que aquella tropa vencida, peleando por una causa santa y con jefes de prestigio, era tan esforzada como la que había triunfado en dos combates.

Balmaceda estaba vencido de antemano. Tenía en su contra el peso de la opinión pública y la sangre de sus víctimas exigía venganza.

Además él mismo había corrompido su ejército, porque á los oficiales y jefes les prodigaba el oro y los ascensos, y esto les había enervado por completo.

Entretanto, en Santiago se ignoraba el resultado de la batalla.

Balmaceda, que lo sabía, guardó completa reserva. A sus amigos y partidarios les hizo comprender que la victoria era un hecho.

A las dos de la mañana del día 29 abandonó el palacio de la Moneda con su familia. Esta se dirigió á la legación norte-americana y él se fué á ocultar á la argentina.

Dejó un decreto por el cual entregaba el mando de la plaza al general D. Manuel Baquedano, mientras los vencedores disponían otra cosa.

A las ocho de la mañana se supo su fuga y su derrota.

El pueblo se levantó en masa, y no habiendo sido contenido, como era deber de la autoridad, comenzó en la capital un saqueo espantoso. Nacionales y extranjeros fueron víctimas de estos desmanes, sufriendo pérdidas considerables.

La tranquilidad volvió poco á poco. La junta de gobierno hizo su entrada triunfal al día siguiente de estos sucesos que desdicen de un pueblo culto.

Apareció entonces la prensa independiente. Nació el júbilo en todos los corazones: los encarcelados fueron puestos en libertad y se unieron al contento de sus hermanos.

Así concluyó la dictadura y con ella la tiranía.

Balmaceda, que no se hizo matar en el campo de batalla porque prefirió permanecer en el palacio de la Moneda, no pudo huir.

El 19 de septiembre, á las ocho de la mañana, se disparó un tiro de revólver en la pieza que ocupaba en la legación argentina para librarse de la persecución y de las consecuencias del proceso á que debía ser sometido. Antes que morir en una obscura prisión, á manos del pueblo, ó en un patíbulo, prefirió él mismo poner fin á sus días.

¡Ojalá que los vencedores, colocándose á la altura de sus nobles antecedentes, hagan la felicidad de Chile, para que este país recobre sus perdidas fuerzas y renazca la confianza, progrese la agricultura, el comercio y la minería, que son sus únicas fuentes de riqueza!

Nosotros pedimos piedad para los vencidos. La benignidad enaltece más un triunfo. Las crueldades y venganzas lo enlodan.

El corazón chileno olvida y es generoso.

ROBUSTIANO VERA

C. de la Real Academia de Legislación

Para completar el notable trabajo del Sr. Vera, creemos que ha de ofrecer interés á nuestros lectores conocer la carta que Balmaceda, antes de suicidarse, dirigió á su amigo D. José Uriburu y cuya autenticidad fué atestiguada por D. José Uriburu, D. J. Arrieta, barón Gutschmid, D. Enrique de Barros Cavalcanti de Lacerda, D. José M. Barceló, D. Carlos Lira, D. Melchor Concha y Toro, D. Joaquín Aguirre y D. C. Walker Martínez.

Dice así:

«Sr. D. José de Uriburu. – Santiago, septiembre 19 de 1891. – Mi querido señor y amigo: Como lo hemos hablado y usted lo sabe, necesito dar desenlace á la situación en que me encuentro.

»Por eso había decidido espontáneamente ponerme á disposición de la junta de gobierno, esperando que al fin imperasen en amparo de todos la Constitución y las leyes.

»Acusados y procesados, presos ó fugitivos todos hecha gobierno, no queda más camino que prolongar el asilo, lo cual no debo ni puedo hacer, ó el sacrificio. ¡Ojalá éste alivie á mis amigos de las persecuciones que se les hace, creyendo así abatirme y ofenderme más vivamente á mí!



Los horrores de la guerra civil en Chile. – Muertos en las trincheras después de la batalla de Placilla. (De una fotografía tomada inmediatamente después del combate.)

»No debo prolongar por más tiempo el generoso asilo que me ha prestado en momentos que recomiendo á los míos como aquellos en que he recibido el mayor servicio en la vida.

»La exacerbación de mis enemigos es capaz, si se descubre mi residencia, de extremidades que evitaré aun con el mayor sacrificio que puede hacer un hombre de ánimo entero.

»Sabe usted que he desechado el camino de la evasión vulgar, porque lo estimo indigno del hombre que ha regido los destinos de Chile, sobre todo para excusar la mano de la revolución triunfante.

los jefes y oficiales del ejército, todos los senadores y diputados, los municipios, el poder judicial, los funcionarios públicos de todos los órdenes de servicios, y arrastrado yo, que sólo soy justiciable ante el Congreso, á la justicia representada por jueces especiales y partidarios de la revolución, para responder con nuestras personas y nuestros bienes de cuanto hemos hecho en el gobierno, como si no hubiéramos sido gobierno, se ha implantado la arbitrariedad en forma que he perdido toda esperanza de que se obrase con justicia.

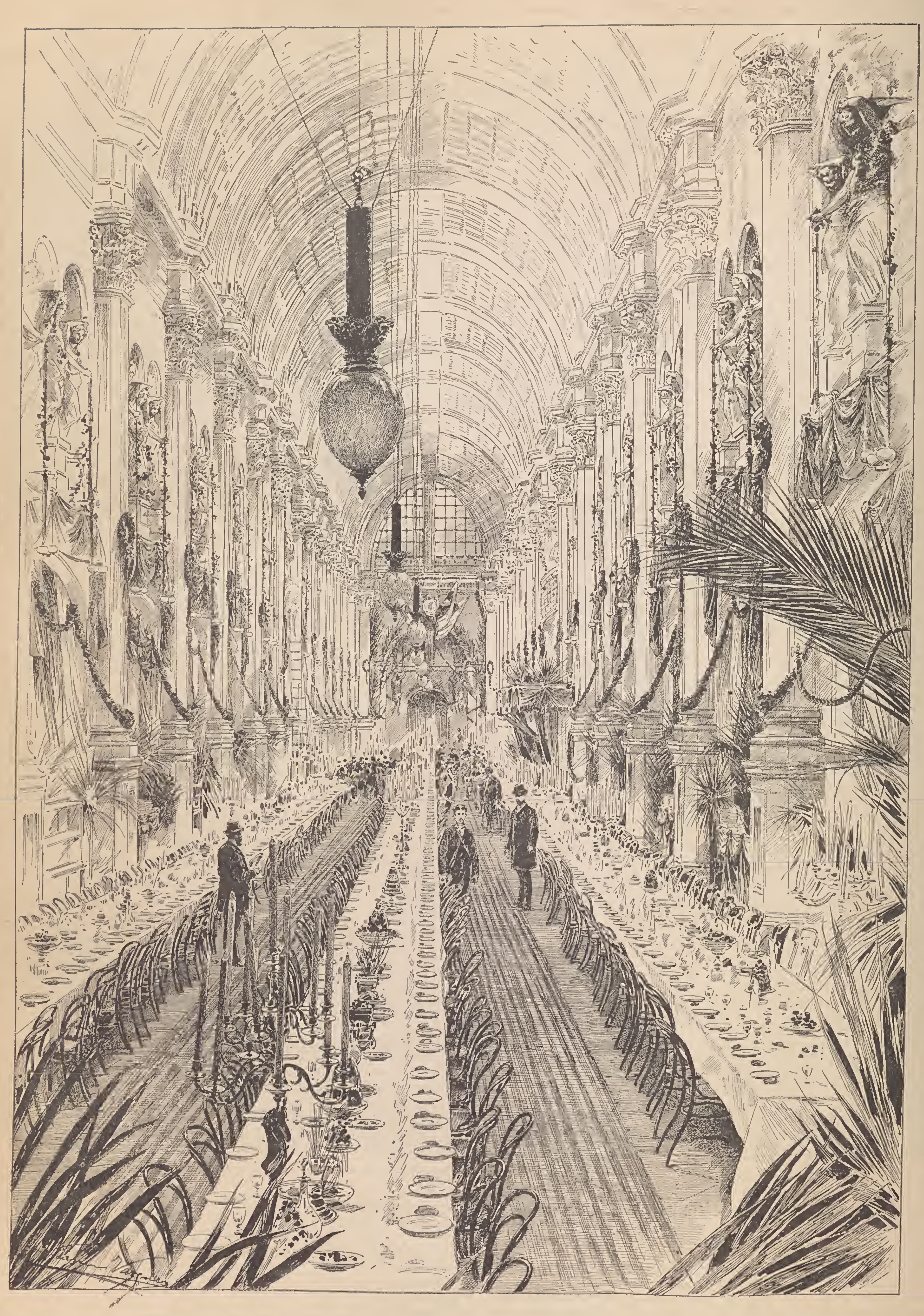
»Visto el espíritu y tendencia de la revolución

»Sea piadoso con el hombre que cae á los golpes del infortunio. Como bendigo yo á usted y á su santa señora, espero que mis hijos los bendigan también y siempre.

»Pida á Arrieta, que es bueno y está cerca de los míos, que cumpla con las obras de misericordia sin ceremonia ni acompañamiento alguno.

»Que usted, su esposa y mis hijos sean siempre felices. Suyo – *J. M. Balmaceda*.

»P. S. – Cuento en todo caso con que usted cumpla el encargo íntimo y de honra que le hice anoche para las personas que usted sabe. – *Vale*.»



LA GUERRA CIVIL EN CHILE. – Galería de San Carlos en Santiago de Chile, en donde se celebró el gran banquete de 3.000 cubiertos ofrecido por la sociedad de Santiago á la Junta de Gobierno constitucional y á la oficialidad de los cuerpos del ejército triunfante



LA GUERRA CIVIL DE CHILE.–LOS HÉROES DE LA CAUSA CONSTITUCIONAL

Doña Juana Ross, sostenedora de hospitales, iglesias y casas de huérfanos, etc. etc., en Chile, desterrada al Perú por el dictador Balmaceda y vuelta á Valparaíso después del triunfo de la causa constitucional. – 1. D. Alejo Barrios, alcalde municipal de Valparaíso, preso y desterrado á Europa. – 2. D. Joaquín Muñoz Hurtado, comandante del crucero *Magallanes*. – 3 Coronel D. Emilio Korner, jefe del Estado Mayor del ejército constitucional. – 4 D. Lindor Pérez Gazitúa, comandante de la *O'Higgins*. – 5 D. Pedro Nolasco Martínez, comandante del crucero *Esmeralda*. – 6. D. Javier Molinas Gazitúa, mayor de órdenes de la escuadra. – 7. D. Cornelio Saavedra, secretario general del ejército. – 8. D. Enrique Valdés Vergara, secretario general de Marina, muerto en el hundimiento del blindado *Blanco Encalada*, volado en el puerto de Caldera. – 9. D. Antonio Gazitúa, en cuya casa se acordó el plan de la sublevación de la escuadra. – 10. Comandante Goñi, del *Blanco Encalada*.

CRONICA DE ARTE

El drama romántico en la realidad. – A propósito del nuevo Director general de Bellas Artes de Francia. – Lo que se pinta y lo que se esculpe. – La decoración del edificio de la nueva Biblioteca.

El romanticismo, como agente dramático, como motivo estético, no puede desaparecer de la obra de arte, como no desaparece ni desaparecerá jamás de la realidad. En vano son cuantos ergotismos y distingos la nueva escolástica científica haga en nombre de las ciencias fisiológica y psicológica. Ambas rebaten de un modo terminante, con ejemplos prácticos, con hechos de trascendencia indiscutible, las afirmaciones que la exaltación naturalista – y conste que el naturalismo le tengo en tanto como cualquiera otra escuela – oponen al romanticismo, desdeñándole como base firme y real de la obra de arte.

Sujetar la producción artística á determinadas leyes, á determinados puntos de vista, así plástica como filosóficamente, paréceme tanto como negar la existencia de la virtud fuera de las religiones positivas. Paréceme que así pueden ser rechazadas las afirmaciones del idealismo romántico como las del naturalismo, puesto que entre luz y sombras caminan cuantos apoyándose en silogismos deducidos de hipótesis más ó menos fundadas, pero sin que tengan el valor de verdades incontestables, pretenden trazar una senda á la entidad arte, resultado abstracto de cien causas, ya psíquicas, ya físicas, sin análisis posible casi todas.

Digo esto recordando la muerte de Boulanger, la del heredero de Austria, la del ilustre Gambetta, las escenas acontecidas en Rumanía y de que fueron actores una reina, una joven enamorada y un príncipe. Zola hubiera trazado la odisea del *brav' general* haciéndole morir aniquilado por los deseos de gloria, por las esperanzas desvanecidas, consumido por la enfermedad del día, la neurosis.

He aquí el escolasticismo. El autor de *L'œuvre*, en su estudio «Los Goncourt,» al hablar del drama de los célebres hermanos, *Madame Gervaisais*, dice que la muerte de la protagonista es una debilidad de los autores. Afirma que aquella poseída del histerismo católico, aquella enferma del espíritu y más enferma todavía de cuerpo, no debía morir en el mismo instante en que el Santo Padre se aparece á sus ojos, como efectivamente muere, cual si la vista del Papa fuera el golpe de gracia dado á un organismo cuya existencia dependía tan sólo de la más leve de las emociones nerviosas Cree Zola que este final, si es bello, no es verdad; y sostiene que la muerte de la fanática debía ocurrir en su cama tranquilamente, devota, rígida, apergaminada, pues ganaba la obra en realidad. ¿Por qué? Patológicamente tiene explicación terminante el final del drama, tal y como los Goncourt lo trazaron; estéticamente es superior, puesto que Zola mismo lo confiesa.

Tengo como error grave el estudio del *documento humano* simplemente, para sobre esta base hacer una obra de arte trascendental. Tan grave es este error, como el de empeñarse en buscar dos cerebros igualmente formados, igualmente desarrollados, que produzcan las mismísimas obras y tengan las mismas sensaciones é igualmente nos las transmitan por medio de la plástica, de la gráfica, de la palabra. El estudio psicológico y físico del individuo, como el estudio de una individualidad literaria, artística ó científica, sirve al que pretende recoger datos tan aislados como ciertos é imprescindibles para que en unión del concepto filosófico de la humanidad y del estético que del arte tenemos contribuya á dar valor objetivo á la obra. Es muy difícil poder obligar al público que lee una novela como al que mira un cuadro á que exclame: «¡como ese hombre conozco muchos!» ó bien: «¡así debió ser tal rey ó tal verdugo!»

Con motivo del cambio de director general de Bellas Artes en Francia, un crítico francés trata de definir lo que significa ese cargo de director. «Teóricamente, dice, el Estado se abroga una pretensión abusiva, echándose sobre los hombros la terrible responsabilidad de dirigir lo que no puede ser dirigido, puesto que solamente á la libertad y á la espontaneidad debe el arte su florecimiento. Esto así comprendido, obliga al Estado á trocar las funciones directivas por las de protección.

»El director de Bellas Artes es el representante que cerca de la república del arte y de las letras tiene el Estado. Necesita, pues, quien ocupe ese puesto de un espíritu muy amplio de concepto, de una actividad grande, investigar continuamente las tentativas diarias que el artista haga para realizar la belleza, puesto que no es necesario citar obras y artistas dignos de aplauso para demostrar cuán difícilmente entran en el gusto público ciertas teorías y ciertos originalismos. El Estado en este caso justifica su intrusión – ó su intervención – en los negocios artísticos por la importancia material con que cuenta para contrarrestar las preocupaciones comerciales.

»He aquí lo espinoso, lo difícil del cargo de director. Debe saber distinguir entre la multitud anodina aquellos que se destaquen por algún concepto; y en vez de anular ideas y personas, hacer que surjan y se discutan, teniendo en cuenta que los mediocres liberalmente recompensados estragan el gusto y retardan la floración de los distinguidos.»

Traslado estas reflexiones á cuantos en España dirigen el movimiento artístico.

Lo que se pinta como lo que se esculpe en España hoy con destino á los edificios públicos, así como lo que se pinta y se esculpe también para la próxima Exposición internacional que se celebrará en Madrid, alcanza proporciones desusadas. Mélida hace modelar las figuras del sepulcro de Colón; Susillo modela febrilmente el monumento conmemorativo del descubrimiento de América; Gandarias termina el boceto para la estatua de González Brabo; Benlliure trabaja activamente en la de María Cristina y da por terminada la del general Cassola. Villodas pinta un gran cuadro episódico, la insurrección que Colón hubo de dominar á bordo de su carabela cuando se hallaban ya al término del viaje. Garnelo, como Muñoz Degrain, como otros pintores de mérito, pretenden conmovernos también con asuntos de esa índole; y según nos cuentan los periódicos oficiosos, Pradilla, Villegas, Domingo, Lytton, L'Hermitte, Alma-Tadema, etc., asistirán á nuestro primer certamen internacional.

Ya se ha cerrado la exposición de los bocetos para las estatuas y medallones que han de decorar el nuevo edificio destinado á Biblioteca y Museos. Treinta y tres modelos para las estatuas y esfinges y nueve para los medallones fueron exhibidos en los salones de la Academia de San Fernando. Los personajes que pretendían representar aquellos modelos, son: San Isidoro, Alfonso el Sabio, Berruguete, Luis Vives, Cervantes, Nebrija, Lope de Vega y Velázquez; los de los medallones, Fray Luis de León, Hurtado de Mendoza, Nicolás Antonio, Santa Teresa de Jesús y otros escritores del Siglo de Oro que no recuerdo en este momento.

Desde luego afirmo que el acontecimiento de la exposición fué el modelo para Berruguete, debido al Sr. Alcoverro, que ha sabido destacar la personalidad del célebre discípulo de Miguel Angel, así en la parte psíquica como en la física. El Sr. Nogués está muy feliz en su Nebrija y el Sr. Carbonell en el Luis Vives. Atché, inspiradísimo en su San Isidoro, verdadera figura llena de unción, casi de exaltación mística; pero en esta figura como en la del Rey Sabio, Atché no se ha tomado el trabajo de pensar un poco más y de dibujar; y es lástima ciertamente que escultor tan genial no haya alcanzado de Job un poquito de lo que al varón bíblico le sobraba.

Los nombres de los escultores premiados ya son del dominio público. Alcoverro obtuvo por unanimidad las estatuas de Berruguete y del Rey Sabio; Nogués la de Nebrija, Carbonell la de Vives, Alonso la de Velázquez, Fuxá la de Lope de Vega y se declaran desiertas las de Cervantes y San Isidoro. De los esfinges, uno se le concedió á Suñol y otro á Moratilla.

De las medallas conmemorativas, la lucha está entre el modelo de un escultor catalán, de un belga y de dos madrileños.

«A Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César.» La Academia ha juzgado con verdadera imparcialidad, á pesar de los grandes compromisos que sobre algunos académicos pesaban. En esta vez crítica y jueces han estado acordes.

Así sea siempre.

R. BALSA DE LA VEGA.

Noviembre de 1891.

BOCETOS

LA CALAVERA

No puedo explicarme bien si los cementerios me atraen acercándome á lo que fué, ó si es un presentimiento de que pronto habré dejado de ser. Ese pronto no puede retardarse mucho, tal vez no esté lejano, porque mirando hacia atrás se me escaparon una porción de años... un verdadero escamoteo.

Perdiéndole la repugnancia, ó sea no rechazando el mas sincero lenguaje de la verdad, puede hallarse en tales sitios cierta inexplicable clase de consuelo, si bien algo parecido á lo de mal de muchos... modificando la frase y diciendo mal de todos... ó de *¡casi todos!*, según contestó aquel chambelán á Luis XIV, á fin de halagarle y no amostazarlo más.

Profeso un profundo respeto á los cadáveres: quisiera que todos pudiesen conservarse como estuches en los cuales se guardaron preciosas alhajas. Al decir esto huelga manifestar de qué modo y hasta qué punto aborreceré la cremación de ellos: no puedo resistir en un cementerio católico cosa alguna que lleve en su fondo carácter ó resabio de paganismo; además de profano lo conceptúo anacrónico y ridículo; en el primer caso una intención de mala índole, en el segundo una estupidez. No faltan tampoco, aunque con inofensiva intención, otra clase de tonterías movidas por el orgullo de los que sobreviven, empeñados en hacer duradera la soñada grandeza de algunos que no valieron ni la mitad de lo gastado en sus panteones... Como aquello es el sagrado recinto de la miseria, pueden pasar como tales semejantes miserias.

¡Cuántas ideas en abigarrado desorden se suscitan en aquella soledad y á la lectura de cada lápida en que se fija la vista! En una, el ampuloso latinazo para un prebendado de gracia, por supuesto, y que él probablemente no hubiera sabido escribir. En otra, los encomios de un comerciante cuya fortuna empezó vendiendo negros, aumentándola comprando blancos y redondeándola chupando gotas de sudor y sangre del pobre, quien llegando á viejo le entró miedo, y no sabiendo ser caritativo se satisfizo con ser filantrópico. Una alegórica paleta y pinceles, palma y ramo de laurel, recordando el nombre de un pintor, para cuyo recuerdo eran de sobra suficientes sus desgraciados lienzos. Entre la de una gazmoña de mal género, enredadora y vengativa, bachillera del infierno y de aquellas á las que Satanás confía el embrolló de los más peliagudos líos, y el de una desgraciada meretriz, cuya descocada vida disipó brevemente... veíase el modesto nombre de una podre madre de familia, cuya vida pasó en penalidad continua y con jamás agotada santa resignación... Aquella mezcolanza parecía un sarcasmo: ¡completa mezcla de pasada grandeza y terminada miseria! ¡Recuerdos de abnegación y de concupiscencia, de virtudes y de infamias, de goces y placeres, lágrimas y privaciones, candidez y perversidad! ¡Allí el falso amigo, el abusador de la confianza, el envenenador de toda dulzura!... ¡Allá el hombre de talento, activo, laborioso, desgraciado hasta el extremo de verse escarnecido de los ignorantes!... ¡Un puñado de polvo el cerebro del sabio gastado en profundas especulaciones filosóficas; el del mecánico sorprendiendo los secretos de la naturaleza y sujetando y regularizando los inventos más extraordinarios; el del político temible á cuya indicación se conmovían las naciones; el del guerrero formidable cuya espada vertía ríos de sangre; el del artista transmitiendo raudales de sensaciones... el del hombre cualquiera de la más común vulgaridad, sin haberlo empleado nunca en una sola idea propia ni haber comprendido las ajenas!... ¡Todos sin distinción alguna, restos no más... todos iguales!

. . . .

Llamó mi atención la abierta fosa común, y aquel profundo y triste surco me pareció como la boca de la tierra, ávida de tragar con esa continua voracidad jamás saciada.

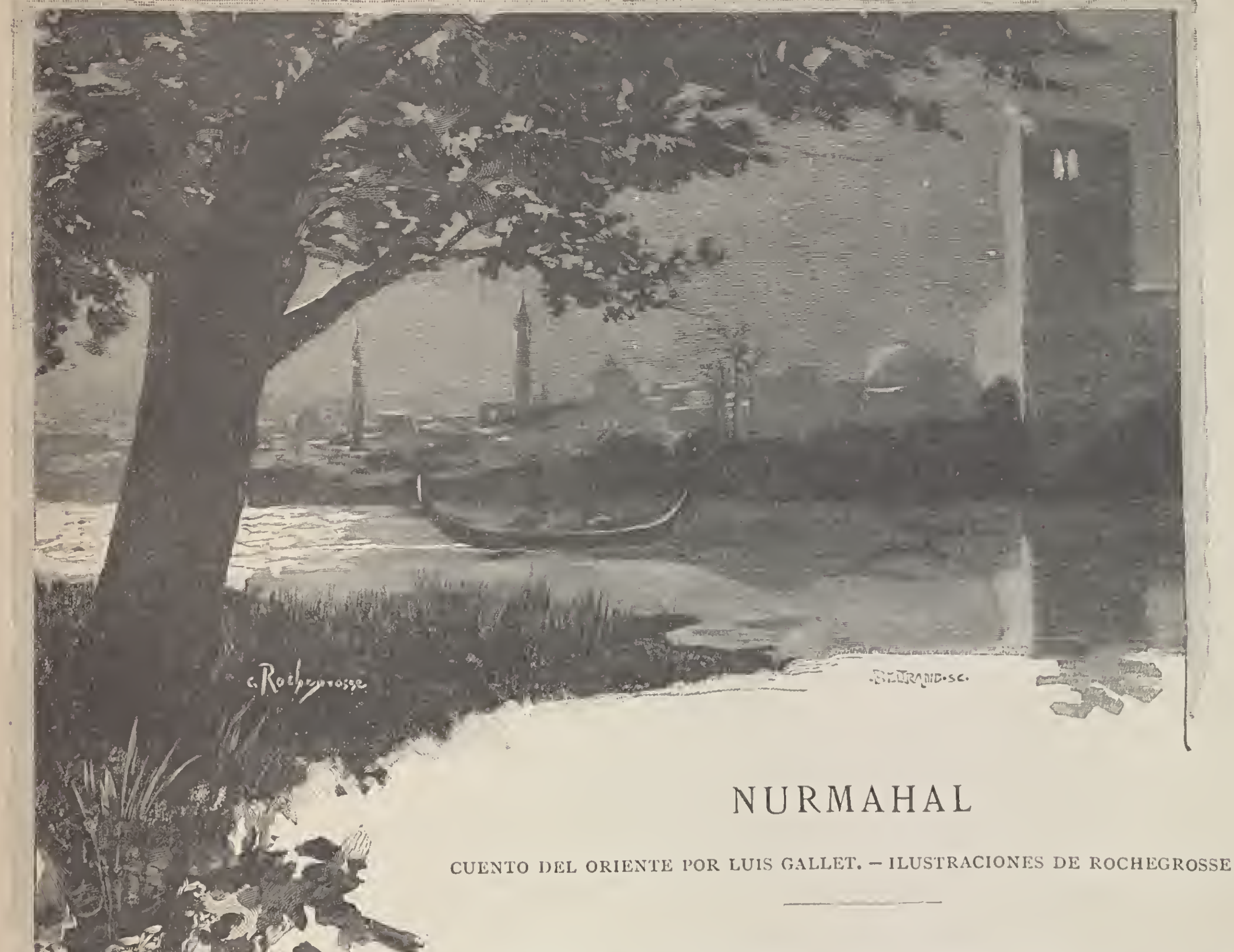
En uno de sus lados se veían colocadas algunas osamentas, cuya tendida posición daba idea de la tranquilidad, y como entregadas á un sueño reparador de su cansancio. Del otro lado, el azadón del sepulturero había con poco miramiento removido un esqueleto, que por combinación extraña había quedado como incorporándose en su angosta cavidad, y su cráneo, vuelto hacia su compañero de enfrente, parecía fijar en él los vacíos huecos de sus órbitas, y casi desprendida su mandíbula, semejaba producir una sarcástica carcajada.

¿Quiénes serían aquellos dos cadáveres? ¿El esposo y la esposa, un padre y un hijo, dos amigos ó dos irreconciliables enemigos, una víctima y un asesino... colocados para mayor irrisión uno al lado del otro? ¡Quién sabe! ¡Cuánta expresión en aquella fría y seca risa de la calavera! ¡Parecía oir el crujido de sus huesos!... ¡Aquel reir, como la risa histérica, daba pena y entristecía! Era indudable, aquella calavera reía.

¿De quién, de qué, por qué reiría?

¿De ellos al verse de aquel modo. . de nosotros quizá?

JUAN O-NEILLE



NURMAHAL

CUENTO DEL ORIENTE POR LUIS GALLET. – ILUSTRACIONES DE ROCHEGROSSE

Tendido en su barca de corteza, que abandonaba al capricho de las aguas, sueltos los remos, Djami contemplaba perezosamente las estrellas.

El cielo parecía un pabellón de seda de color azul obscuro sembrado de diamantes, y la luz fundida de todos esos astros comunicaba suave transparencia á aquella noche sin luna. A la orilla del río, sereno y apacible, elevábase la gran torre del palacio de Abú-Saíd; á su alrededor se alzaban las casas de la ciudad, en donde reinaba profundo silencio, y así éstas como la torre, sonrosadas y alegres cuando las iluminaba la luz del sol, destacaban en las tinieblas de la noche su formidable mole obscura, semejante al cuerpo de un monstruo oculto en las altas hierbas, con su maciza cabeza erguida y vagamente amenazadora, con su cara enorme perforada por dos puntos luminosos que parecían sangrientas pupilas.

Djami acababa de pasar por delante de aquella torre, cuando le interrumpió de pronto en su contemplación un rumor que oyó á corta distancia detrás de sí, semejante al que producen las aguas cuando se entreabren por la caída de algún cuerpo. Incorporóse con rápido movimiento, empuñó los remos, hizo virar bruscamente la barca, y dirigióse al sitio donde acababan de romperse los círculos del agua, por un momento revuelta.

Inmóvil, con la mano en los remos y el cuello tendido, Djami interrogaba la obscura superficie de la corriente, que tranquila otra vez se deslizaba entre sus islotes de hierbas y de arena y bajo las copas de los grandes árboles de la orilla. Su vista, acostumbrada á las tinieblas, distinguía la redondez de las hojas que reposaban sobre el agua muerta, las ramas secas retenidas en las márgenes y acá y allá las manchas pálidas de los grandes nelumbos.

Muy pronto vió lo que buscaba; entre las cañas que rozaban su barquilla, la proa de ésta chocaba contra una forma confusa, sumergida en parte; alargó la mano, tocó y cogió un espeso tejido que atrajo hacia sí con fuerza: era un tapiz, arrollado al parecer precipitadamente alrededor del cuerpo de una mujer.

El barquero, pálido y tembloroso, prestó atento oído, mirando á todas partes, pues tal vez algunos ojos le espiaban en la obscuridad. ¿De qué casa, de qué terrado había caído aquel envoltorio? ¿Qué crimen se acababa de cometer? ¿Qué venganza se había satisfecho? Todas estas preguntas cruzaron en un segundo por la mente de Djami, y muy pronto adoptó una resolución: saltó al agua, levantó en sus brazos á la mujer, envuelta en los pliegues del tejido empapado en agua, y la echó en el fondo de su embarcación.

Después comenzó á remar vigorosamente, y muy pronto su barca penetró rápida como una flecha en el grupo de árboles donde tenía Djami su cabaña.

Una vez allí cogió de nuevo á la que acababa de salvar, abrió con el pie la puerta, y depositó sobre la esterilla aquel cuerpo chorreando agua. Encendida al punto la luz, vió que tenía ante sí una joven de maravillosa belleza; sus pálidas facciones, en parte ocultas por el oro de su cabello, conservaban una expresión de súplica y de espanto, y debajo del seno derecho veíase una ligera línea circuída de un poco de espuma sonrosada. ¿Estaría muerta? Tal vez no, porque un rayo de vida parecía emanar aún de aquellas formas puras, y hubiérase dicho que un soplo de ella reanimaba aquellos párpados cerrados, aquella boca entreabierta como una pálida flor de la eglantina.

Djami se inclinó, aplicó sus labios á la estrecha herida, hizo una lenta aspiración, incorporóse luego, y vió con alegría que la sangre comenzaba á correr.

A los pocos momentos, libre de aquella sangre que la sofocaba, la mujer dejó escapar un débil gemido, dilatóse su pecho, y un estremecimiento recorrió su cuerpo. ¡Respiraba, vivía!

Sus ojos se abrieron lentamente, animados de lánguida expresión, y fijáronse en su salvador; sin duda iba á decir algo; pero Djami, arrojando sobre ella un manto de lana, hizo un ademán para imponerla silencio.

– ¡No hables... dijo, nada tienes que temer; ya estás salvada!

La mujer cerró los ojos, confiada, tranquila, y un suave suspiro se escapó de sus labios.

Djami no era solamente poeta y observador de las estrellas, sino que también conocía los secretos de la naturaleza... Con mano delicada, con minuciosas precauciones, curó la herida; abrigó á la mujer envolviéndola en finas telas, ligeras como el plumón del ave, y cuando la contempló dormida y recobrado el color, pudo observar cuán hermosa era...

Y extasiado en aquella adoración de la belleza, permaneció inmóvil hasta que los primeros albores de la aurora tiñeron el cielo sobre la línea sombría de los bosques.

Transcurrieron varios días sin que la desconocida hablase y sin que Djami osase interrogarla. Iba y venía de un lado á otro, casi restablecida, aunque débil todavía, con su sonrisa melancólica y su dulce mirar; servía al poeta, preparaba sus comidas; y cuando Djami se entretenía demasiado á la orilla del agua para observar la gravitación de las estrellas nacientes, iba á buscarle, tocábale con un dedo en el hombro, y cogiéndole de la mano le conducía á su vivienda.

Al cabo de diez días, y durante uno de esos ratos de aislamiento en que el poeta leía en el libro del cielo ó en el de su pensamiento, la joven llegó, según su costumbre, y Djami sintió que su mano tocaba la suya; mas en vez de levantarse dócilmente y seguirla, díjole:

– ¡Quédate!

Y como ella le mirase con asombro, hízole sentar á su lado, y después de contemplarla detenidamente, mientras alrededor de ellos se extendían las sombras, comenzó á decirle cosas que durante aquellos diez días se habían ido acumulando en el secreto de su alma.

– Escucha, dijo, yo no quería revelarte desde luego que te amo, y precisamente es la primera cosa que te confieso. El amor nos encadena de pies y manos, sella los labios y los ojos, hace que dejemos de ser lo que somos, y siempre le he temido como á un ladrón que viene á robarnos, no solamente nuestros tesoros, sino también la voluntad, la independencia, la razón y la alegría, proporcionándonos tan sólo en cambio un ligero goce. Yo había jurado sustraerme á su dominio y no amar más que la poesía, la ciencia de los astros, la contemplación de lo infinito y el placer de saborear el vino de Schiraz, que vale tanto como todas las riquezas y todas las glorias; pero el amor se ha presentado en la radiación de tus ojos, y de pronto he comprendido que resistencia y razón eran inútiles, y que no había embriaguez más dulce que la de estar poseído de él. Los versos me enojan, los astros son opacos, lo infinito es lúgubre y el vino de Schiraz no es más que agua insípida si no tengo amor. He pensado, pues, que debía decirte que te amaba, á fin de que devuelvas el brillo, la luz, el perfume y el sabor á todo cuanto me hacía feliz, diciéndome que me correspondes.

La joven había escuchado atenta, y por un instante guardó silencio, como inquieta de lo que iba á contestar; pero al fin habló, cediendo á la muda súplica de las miradas de su amigo.

– Yo te amo, Djami, dijo, mas no como tú quisieras ser amado. Si algún hermano me fuese querido, si yo pudiese venerar y honrar á un amo, seguramente serías tú. Yo seré tu hermana, tu criada, tu esclava, si así lo quieres; pero no me pidas nada más.

– ¿Quién eres tú, pues; tú que te entregas así, sin entregarte; tú que renuncias al amor sin conocerle?...

– ¿Sin conocerle?... ¡Ah!, exclamó la joven, como poseída de un sentimiento doloroso.

Djami la miró esperando sin duda una confidencia, puesto que era necesario renunciar á una confesión amorosa; pero cerrando sus labios volvió á su impenetrable mutismo.

Djami vacilaba, temblaba; pero procurando dominarse le preguntó:

– ¿Quién eres? ¿De dónde vienes? Ni siquiera te he preguntado cuál es tu nombre.

– Dame el que quieras; yo no tengo ninguno propio.

– ¿No quieres decirme por lo menos de qué venganza has sido objeto ó qué crimen se ha cometido contigo?

– Sé bienhechor como un Dios, contestó la joven, uniendo sus manos en ademán de súplica; respeta mi secreto; y si hay alguno á quien debo maldecir, no me preguntes su nombre.

Y andando lentamente, volvió á la cabaña de Djami.

Desde aquel día no se cruzó entre ellos una sola palabra que recordase lo que acababan de hablar.

Djami volvió á observar su género de vida ordinaria, procurando curarse de su amor, y viósele de nuevo dondequiera que había vino de Schiraz que beber en buena compañía, y dondequiera que jóvenes de expresivos ojos bailaban para entretener las horas. Compuso versos que se cantaron en las plazas públi-

cas; descubrió en el cielo una nueva estrella, cuyo curso pudo observar; y continuó vagando de noche por el río en su barca de corteza, sin pensar en nada, lo cual es la perfección de la filosofía.

En cuanto á la joven, seguía viviendo en la cabaña del poeta, en medio de su retiro de verdura; preparaba el arroz, y como buena y silenciosa criada, desempeñaba su humilde y pesada tarea cotidiana. Algunas veces, llegada la noche, y cuando estaba sola, iba á sentarse en el umbral de la puerta, y desde allí dirigía su mirada á la alta torre de Abú-Saíd, cuya negra sombra destacaba sobre las purpúreas tintas del sol poniente.


Mira bien mis ojos y en ellos verás mi resolución

Y bajo las sedas de sus largas pestañas, sus párpados se enrojecían á veces como si quisieran saltársele las lágrimas.

En una de las salas de la alta torre, cuyas bóvedas se componían de millares de celdillas de oro, de azur y de cinabrio, semejantes á nidos de abejas, el muy glorioso Abú-Saíd reposaba perezosamente, entre cojines ricamente bordados, sobre alfombras persas de preciosos colores. El intendente de palacio, con su legión de servidores y de esclavos, daba órdenes para que se le sirvieran en platos de fina porcelana – pues el Profeta condena el uso de las bandejas de plata y oro – los más delicados manjares contenidos en cofrecillos de cedro sellado con el sello del intendente, y cubiertos de un fino paño de casimir; en el acto de presentárselos, el mayordomo rompía el sello y ofrecía á su señor el manjar descubierto.

Pero algunas veces Abú-Saíd rechazaba con expresión de hastío, y en ocasiones brutalmente, al cortesano que se arrodillaba para servirle, y sólo de cuando en cuando refrescaba sus labios en el hielo de un sorbete de frutas que le presentaban en una copa de cristal. Los familiares que le rodeaban mirábanle consternados, porque hacía algunos días que sus ojos revelaban una melancolía profunda, cuando no tenían una expresión feroz, cual si el soberano quisiera vengarse en todos los hombres de un secreto sufrimiento; en este último caso subía á la plataforma de la torre, mandaba que le llevasen su arco y sus largas flechas, y durante todo el día las disparaba contra los transeuntes.

Muchos hombres habían caído ya heridos ó muertos; de modo que los habitantes dejaron de pasar por las calles inmediatas al palacio, ó bien lo hacían arrimados á los muros y agachándose como fieras á la vista del cazador. La ciudad parecía muerta en las cercanías de la negra torre.

Aquella mañana, la luz de un sol magnífico reflejábase en la blancura de las casas, y sus rayos comunicaban un brillo deslumbrador á las porcelanas esmaltadas de vivos colores. Abú-Saíd salió de la sala del festín y subió al terrado, donde, como en la víspera y los días anteriores, sentóse sobre unas esterillas delante de la ventana, con el arco sobre las rodillas y una flecha en la cuerda, como cazador al acecho. Los que le habían seguido contemplábanle con espanto, dirigiéndose mutuamente miradas de terror.

Abú-Saíd, con la mirada perdida en el inmutable azur, esperaba.

Así transcurrió una hora en lúgubre silencio: al pie de la torre no se movía nada; en el desierto silencioso de las angostas calles veíase tan sólo á veces á lo largo algún perro flaco como un chacal, que parecía ir en busca de su presa.

Al fin apareció un hombre en la esquina de la calle; mas en vez de ocultarse avanzaba con paso indolente, en plena luz y al parecer muy contento: sin duda ignoraba que allí llovían las flechas mortales de su señor.

Abú Saíd tendió lentamente la cuerda de su arco y disparó.

La multitud de cortesanos dejó escapar un grito de admiración, exclamando:

– ¡El hombre ha caído!

A una señal de Abú-Saíd, la turba de los familiares bajó precipitadamente.

El hombre había caído, en efecto, junto al umbral de una puerta, con la cabeza suavemente apoyada sobre la piedra; encima de él, en el marco de madera, vibraba aún la flecha del taciturno soberano. Empujaron al hombre, que no perdía sangre alguna, y que, si bien aletargado, sonreía con dulzura.

Evidentemente no estaba muerto y acaso no sospechaba nada. ¿Cómo confesar al terrible Abú-Saíd que su flecha no había dado en el blanco? Mientras que poseídos de la mayor inquietud los cortesanos celebraban consejo, Abú-Saíd, que los miraba desde lo alto de la torre, adivinando su vacilación, envió un esclavo para ordenarles que volvieran con su presa.

Acto continuo pusieron al hombre en pie; mas como pareciese andar difícilmente, aunque no estaba herido, dos servidores le cogieron en hombros y condujéronle á presencia de Abú-Saíd.

– ¿Quién eres?, preguntó el real arquero.

– ¿Y tú, quién eres, contestó el hombre, sonriendo familiarmente.

Los cortesanos se estremecieron, pareciéndoles ver ya la cabeza del atrevido rodar por el suelo; pero Abú-Saíd estaba cansado tal vez de su largo silencio y quizás le sorprendió también la actitud del hombre que tenía delante en una postura indolente, balanceando el cuerpo á compás, con los ojos brillantes como estrellas, revelando un éxtasis que le pareció muy singular.

– ¿Ignoras tú, le dijo, quien és Abú-Saíd?

– Nuestro señor, contestó el hombre, el más glorioso, el más rico soberano de todos aquellos que ensalzan el nombre de Alá y observan la ley de su Profeta. En este momento no conozco más que un hombre superior á él.

– ¿Quién es?

– ¡Yo!

Entre los cortesanos circuló un murmullo de terror.

– ¡Dime tu nombre!

– Djami, el que cuenta las estrellas.

Por primera vez, desde hacía muchos días, una ligera sonrisa animó el rostro hasta entonces impenetrable de Abú-Saíd. Aquel loco, aquel transeunte iluminaba evidentemente su alma obscura con una luz que no habían podido proporcionarle las chocarrerías de sus bufones ni los relatos de sus historiógrafos.

– Tú tienes un palacio, continuó tranquilamente Djami, y yo no poseo más que una cabaña; pero en ésta hay una puerta que conduce á jardines magníficos, donde resplandecen todos los tesoros imaginables, donde las mujeres más hermosas se postran á mis pies y donde un pueblo de esclavos se inclina ante mí.

– ¿Dónde está ese reino?

– Ven y lo sabrás.

– ¿Adónde quieres que vaya?

– A la cabaña de Djami; todo el mundo la conoce; pero si quieres entrar en el maravilloso jardín, has de ir solo.

Abú-Saíd sonrió de nuevo, calmándoles con un ademán.

– Iré, dijo simplemente.

Y Djami se retiró, conducido hasta las puertas del palacio con las consideraciones debidas á un mágico que ha convertido repentinamente en dulzura de cordero el furor sanguinario de un tigre.

El poeta andaba con el mismo paso acompasado, y si Abú-Saíd no hubiera sido tan severo observador de la ley del profeta, ó tan aficionado á los sorbetes y al agua helada, habría podido reconocer que Djami estaba ebrio; pero poseído de esa dulce embriaguez que comunica alas al espíritu, y que se encuentra en el fondo de las copas donde chispea el vino Schiraz, tan armoniosamente cantado por el poeta Hafiz.

Y mientras Djami andaba á través de la ligera nube que producían á su alrededor los vapores del precioso vino, pensaba sin embargo que acababa de hacer al rey de los reyes una promesa muy imprudente. Pero era joven, y jugaba su vida por una bravata, sin pensar en lo demás.

Al pasar por el mercado, Djami compró varios frutos, un trozo de cordero y algunos pajarillos de carne delicada; y volviendo á su vivienda alegre y risueño, dijo simplemente á su esclava voluntaria, á quien llamaba Durgha:

– Toma, hermana, ahí tienes con qué preparar sabrosa cena para un convidado á quien espero.

Djami se había serenado ya del todo, y con ánimo firme reflexionaba sobre las consecuencias de su audacia. Sin dirigirle la menor pregunta, Durgha puso manos á la obra con él: coció el cordero bajo unas piedras entre dos fuegos; puso los pajarillos ligeramente envueltos en hojas de vid en el asador, colocado sobre un lecho de hierbas odoríferas, y con los frutos formó pirámides en fuentes de cobre adornadas de finos arabescos.


Acababa de distinguir una blanca forma de mujer

Djami colocó después sobre la mesa, con religioso respeto, varias botellas de cristal, de cuello largo, en las cuales brillaba un vino de color de topacio, que fué á buscar á su pequeña bodega. Hecho esto, dijo á la joven:

– Ahora puedes retirarte, no te necesitaré.

– ¿A quién esperas?

– A un hombre á quien me alegraría mucho no conocer; al sultán Abú-Saíd.

Durgha palideció, y sin pronunciar palabra alejóse lentamente.

Un instante después, Abú-Saíd apareció en la puerta de la cabaña.

Al verle, Djami se inclinó, pero sin humildad; con la cortesía propia de un rey que recibe á uno de sus semejantes.

– ¡Que la bendición de Alá sea contigo!, dijo Abú-Saíd.

– Señor, yo te saludo, contestó simplemente el poeta.

Y los dos entraron en la reducida sala donde estaba puesta la mesa.

– Antes de sentarte, dijo Djami á su huésped, júrame que no me harás nin-

guna pregunta, y que no rechazarás cualquier manjar ó bebida que te presente. A mi vez te juro que quiero proporcionarte bienestar y placer. Si conoces á los hombres, mira bien mis ojos y leerás en ellos mi sinceridad.

– Te juro que haré cuanto quieras para entrar en los jardines encantados que te jactas de poseer; pero también juro que si me has engañado con vanas promesas mandaré que te corten la cabeza ó te entierren hasta los hombros, para que las moscas se introduzcan en tu boca y devoren tu lengua mentirosa. Mira bien mis ojos y leerás en ellos mi resolución.

– ¡Cenemos, pues!, repuso temblando el poeta, pero con tono indiferente.

Con sus manos pálidas y finas, verdaderas manos de mujer, el sultán desgarraba la carne asada y sabrosa del cordero, hincando en ella sus agudos y blancos dientes: hacía crujir los pajarillos perfumados, y de vez en cuando, sin decir nada, alargaba su copa, que Djami, risueño, llenaba al punto de vino de Schiraz.

Abú Saíd no bebía nunca vino; pero como había jurado á Djami no preguntarle nada y aceptar dócilmente cuanto le presentase, bebía sin tasa, aunque conociendo que hacía una cosa prohibida por el santo Profeta.

Y á medida que seguía bebiendo, sentía en todo su ser un bienestar que no había conocido nunca, y con el contenido de su copa un dulce calor circulaba desde sus labios al corazón y desde éste á las entrañas, elevándose hasta su cerebro los vapores embriagadores que partían de aquel foco interior; sus ojos se cerraban dulcemente, sus ademanes languidecían, y cuando Djami le presentó el primer canastillo lleno de frutas y bizcochos, apenas podía ya sostener la copa. Djami seguía sonriendo y su corazón se tranquilizaba, pareciéndole que no le cortarían ya la cabeza ni las moscas devorarían su lengua.

De pronto levantóse para ir á descorrer la esterilla que hacía las veces de puerta de la cabaña, y dijo atrevidamente al sultán:

– ¡Mira! Ahí tienes la entrada de mis jardines.

Lo que entonces vió Abú-Saíd parecióle el más deslumbrador espectáculo.

En todo el espacio que la vista podía alcanzar veíanse grandes árboles cargados de flores y de frutas, balanceándose á impulsos de una ligera brisa, semejantes á frescos ramos que exhalaran un suave y embriagador perfume; entre ellos deslizábanse aguas cristalinas que comunicaban frescura al ambiente; en los aires oíanse las notas melódicas del canto de las avecillas; un camino iluminado por la luz de la luna conducía desde la cabaña á la orilla del río, y más allá se veían millares de lucecitas temblorosas sobre la superficie del agua...

– ¡Cuán hermoso espectáculo!, murmuró el sultán con acento conmovido.

– Sí, contestó el poeta, y sin embargo no es nada, porque todo eso cambiará en un instante, los fulgores se apagarán, la sombra será más misteriosa, y entonces comprenderás mejor el encanto de esta hora.

– ¿Dónde estoy?, preguntó Abú-Saíd con voz temblorosa.

– Estás en la vivienda de Djami, el que cuenta las estrellas, y cuanto ves no es sino la realidad, que tú mismo revistes con todos los colores del sueño, pues lo que yo he querido probarte ¡oh rey! es que ninguno iguala en riqueza ni en poderío al que puede, como tú en este momento, con el espíritu tranquilo y el corazón libre, contemplar la tierra cubierta de verdura y el agua que brilla á la mágica claridad de la luna, mientras saboreas el verdadero vino de Schiraz.

– ¡Vino!, exclamó débilmente Abú-Saíd, cuya conciencia obscura pareció despertar y rebelarse de pronto.

– Ciertamente, contestó Djami. Si quieres que pague con la vida la falta que te hice cometer, ¿cómo me pagarás tú la dulzura de que te hago disfrutar?

Y como el sultán no contestase nada, Djami se levantó otra vez y dijo:

– ¡Espera! Sólo has visto la tierra y voy á buscar con qué abrirte el cielo.

Abú-Saíd quedó solo un instante, mientras Djami revolvía la arena de su bodega para buscar una nueva botella que cuidadosamente reservaba.

De pronto, y como siguiese mirando á través del cuadro luminoso de la puerta, percibió junto á él un roce entre las cañas, y al volver la vista hacia el sitio de donde provenía el rumor, lanzó un grito terrible y quiso levantarse; pero sus piernas entorpecidas se negaron á sostenerle. Ante él, en el marco de la puerta, junto al camino luminoso, acababa de distinguir una blanca forma de mujer; dos ojos de mirada profunda y triste se habían encontrado con los suyos, desvaneciéndose después la visión como nube vaporosa.

Djami acudió presuroso por haber oído el grito de Abú-Saíd.

– ¿Qué ocurre, soberano señor?, preguntóle.

– ¡Allí, allí... esa mujer! ¿No la has visto tú?

– Seguramente; es Durgha, mi hermana.

– ¡No... no es Durgha! ¡Es la que yo maté!

Un estremecimiento nervioso agitaba todo el cuerpo de Abú Saíd, sus dientes castañeteaban, y parecía que de sus labios brotaba sangre.

– ¡Durgha!, murmuró... ¡No, no; es Nurmahal... Sí, Nurmahal!

Y algunas lágrimas ardientes deslizáronse por sus pálidas mejillas.

– Escucha, Djami: tú eres el único que ha podido arrancarme del estado en que me hallaba, y sólo á ti descubriré mi secreto. No quiero saber por qué misterio me revelas lo invisible, y si la que acabo de ver ahí está viva, por qué extraño poder ha revestido de pronto las facciones de aquella que yo maté... ¡Yo amaba, adoraba á esa Nurmahal! Su rostro tenía la belleza pura de un cielo de primavera; sus labios suaves eran la copa en que los míos apuraban el vino celestial del amor; en sus ojos veía los colores cambiantes del mar profundo y en su cabello dorado parecía que brillaban estrellas cuando con ligero movimiento dejaba caer sobre sus blancos hombros las espesas trenzas. Ahora la busco en palacio; todos se preguntan sobre su suerte, y nadie osa sospechar la verdadera causa de mi amargo dolor... ¿Sabes tú, Djami, por qué odio al mundo entero, por qué hiero con mis flechas á cuantos pasan por la calle y por qué quisiera que se hundieran el cielo y la tierra y sucumbiesen todos los hombres, incluso yo, á una señal mía? Porque en un momento de feroces celos, creyendo leer en los ojos de Nurmahal una mirada de ternura para uno de mis nobles servidores, la conduje á lo más alto de la torre durante la noche, y una vez allí, hallándonos solos, la acusé, la juzgué y la herí sin querer escucharla. Cubierta de sangre, arrodillada en el tapiz en que la veía á mis pies, alargando sus hermosos brazos para implorar mi gracia, arrojéla en el agua profunda sin vacilar, sin compasión, porque estaba ciego y loco. ¡Ah! ¡Mira... ya la veo!

– No, allí no hay nadie, te lo aseguro.

– ¡Entonces era un espectro!

– ¡Pues bien: bebe un poco más de ese vino y verás cómo se desvanecen los espectros, reapareciendo las imágenes risueñas!

Abú-Saíd obedeció, y de nuevo sonrosadas nubes eleváronse á su alrededor. Y con los ojos cerrados, en delicioso éxtasis, vió surgir un mundo nuevo de las obscuras profundidades; palacios aéreos y ligeros como una telaraña; jardines sombríos llenos de fuentes cristalinas; y entre aquellas arquitecturas maravillosas, entre aquellas frondosidades gigantescas y por senderos cubiertos de musgo, donde el rocío sembraba perlas y donde los escarabajos encendían sus esmeraldas vivientes, vió pasar muchas mujeres, semejantes todas á Nurmahal.

Contemplábala bajo estas mil formas, y ella, siempre risueña, también le miraba. Abú-Saíd no recordaba ya el asesinato consumado; un desfallecimiento agradable manteníale cautivo ante aquella mujer.

Al ver al sultán dormido, Djami salió corriendo de la cabaña.

Durgha parecía esperarle, turbada y atenta.

– ¡Imprudente!, la dijo. ¿Por qué me has ocultado tu nombre? ¿Por qué no me has dicho nada para que pudiera evitarte este terrible encuentro; pero ya te ha visto, reconocido y nombrado. ¡Eres Nurmahal!

Durgha lloraba.

– Comprendo que su presencia te espante, continuó Djami; pero en vez de llorar, aléjate. ¿Qué creerá y qué hará si te encuentra aquí? ¡Huye del peligro!

– ¡No!, contestó Nurmahal resueltamente.

– Pues entonces voy á matarle. ¿No es eso lo que tú quieres?

Nurmahal se precipitó sobre Djami y arrancóle de la mano el cuchillo.

– ¡Déjame, exclamó, y vete! ¡No vuelvas hasta el amanecer!

Jamás había hablado la joven con tono tan imperioso, ni mirado á Djami con una expresión tan exaltada y altiva.

El poeta, pensativo, se dirigió lentamente hacia los árboles, mientras Nurmahal, con el seno palpitante, penetró en la cabaña donde el sultán reposaba...

Cuando el sultán Abú-Saíd despertó, vió pasar ante él una sombra; una mano ligera dejó sobre la mesa una bandeja de metal, de la que se exhalaba el vapor odorífero del café, y al volver la cabeza, vió el rostro radiante de Nurmahal.

De un salto se puso en pie, dispuesto á lanzarse sobre ella; mas de pronto, tembloroso ante aquella mujer que sin turbación le miraba, exclamó:

– ¿Tú, Nurmahal?...

– Señor, á vuestras órdenes, como mi hermano Djami.

– ¡Djami no es tu hermano!

– ¿Por qué había yo de engañarte?... ¡Por ventura no me conoces!

– ¡Que no te conozco, Nurmahal!

– ¿Por qué repites ese nombre, extraño para mí? ¿Por qué me miras con cólera?

– ¡Tú amas á Djami!

– Con decirte que es mi hermano, ya comprenderás qué amor hay entre ambos. Soberano señor, ¿á qué interrogarme tanto?

Abú Saíd contempló largo rato á Nurmahal, que se sintió desfallecer bajo aquella mirada que la envolvía en ardiente caricia. El sultán dió un paso hacia ella y extendió la mano como para cogerla; pero una especie de temor instintivo le retuvo, y con voz turbada dijo:

– ¡Tú eres Nurmahal, la que me amaba, á quien yo correspondía, la que maté!

Y como dudando aún, ansioso de saber la verdad, arrebatado y fogoso, precipitóse hácia ella, y mientras que con su poderoso brazo la tenía sujeta, casi desmayada, desgarró el fino tejido que cubría su seno, y en la carne desnuda buscó ávidamente la cicatriz de la herida que su mano infiriera en aquel cuerpo.

– ¡Ah!, exclamó con loca alegría, ¡tú eres, tú eres!

Nurmahal se arrodilló á sus pies, y presentóle humildemente el cuchillo que había arrancado de manos de Djami.

– ¡Sí, dijo, yo soy, Abú-Saíd! ¡Toma esta arma y hiere mejor ahora!

Al pronunciar estas palabras presentó el seno.

Pero en su mirada revelábase todo el amor que en su corazón se conservaba aún, todo el pesar acumulado en su alma desde la noche en que el sultán dudó de ella. Abú-Saíd la sostenía en sus brazos, estrechándola contra su pecho, como una madre á su hijo cuando teme que se le arrebaten; y murmuraba extasiado:

– ¡No me has maldecido! ¡Me amas, á pesar de todo, lo mismo que antes!

– ¡Oh, mi señor, más aún!

Como poseído de loco frenesí, el sultán la arrebató en sus brazos, y apenas cubierta con sus ropas rasgadas condújola á su barquilla

Y entretanto, sentado bajo los árboles de la orilla del río, que la luna iluminaba con sus melancólicos rayos, Djami, el que contaba las estrellas, el bebedor de vino de Schiraz, cantaba distraidamente una de sus composiciones...

Aquel mismo día supo el desenlace de la aventura.

Abú Saíd, que reinaba en Herat, le llamó y quiso retenerle en su corte, donde aquel que contaba las estrellas, aquel impertérrito bebedor de vino de Schiraz,



perdió su locura con su juventud y llegó á ser el muy juicioso, el muy sabio y venerado Djami, aquel de quien los antiguos cronistas dicen que, cuando murió, cargado de años, «la tierra cubierta de flores se abrió como perfumada concha para recibir tan rica perla.»

TRADUCIDO POR E. L. VERNEUIL

SECCIÓN CIENTÍFICA

COCHE MOVIDO POR EL PETRÓLEO

Desde larga fecha vienen haciéndose los mayores esfuerzos para resolver de una manera completa el problema de la tracción mecánica de los vehículos. El modelo que vamos á describir funciona perfectamente y se basa en muy distinto principio que el de M. Serpollet de que nos ocupamos no hace mucho (1).

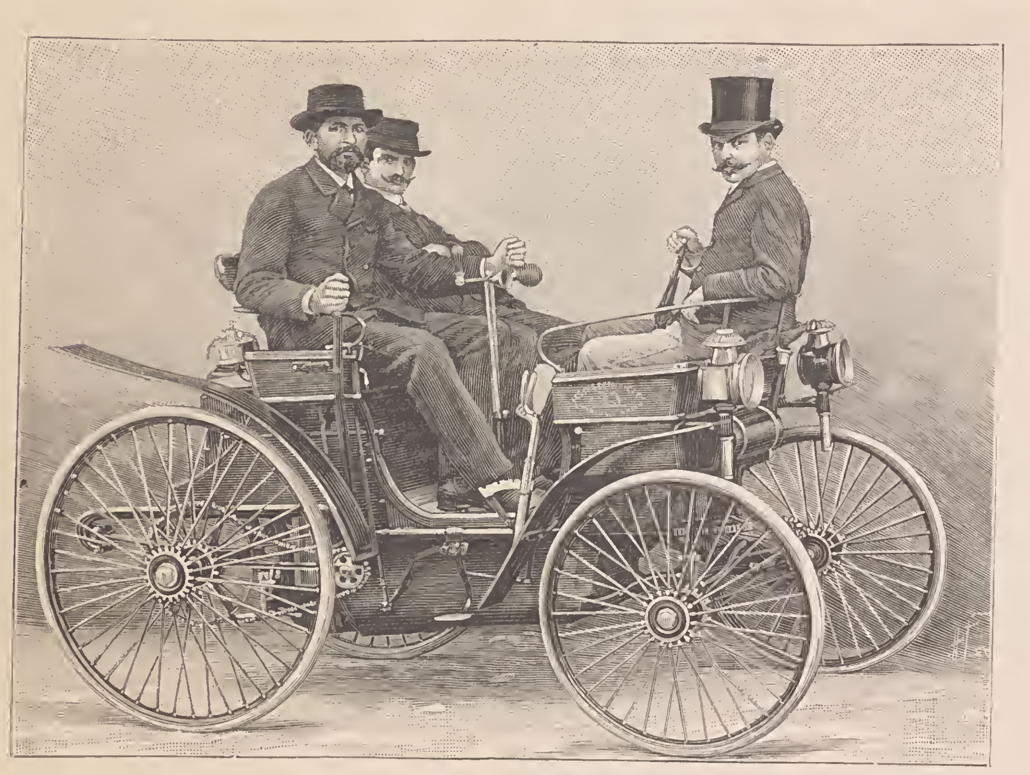


Fig. 1. Coche movido por el petróleo. Invención de los Sres. Peugeot; motor Daimler. (De una fotografía.)

Trátase del *cuadriciclo á gasolina*, construído por los señores Peugeot, y el motor en él empleado es del sistema Daimler; ha sido fabricado por los Sres. Panhard y Levassor y funciona por medio de la esencia de petróleo volatilizada en una corriente de aire.

La fig. 1 representa el nuevo coche movido por el petróleo y la fig. 2 reproduce el plano y la sección del mismo con una leyenda explicativa.

El coche se compone de un armazón de tubos de acero batidos y sin soldadura y reunidos por medio de piezas de varias formas, también de acero fundido ó estampado: este armazón, en donde están colocados el motor, el mecanismo y los asientos, va suspendido sobre muelles fijos en el coche. Las ruedas motrices giran alrededor de dos pezones de eje y sus cubos tienen dos engranajes de cadena que reciben su movimiento de dos ruedas correspondientes ajustadas á un árbol de transmisión. Este lleva un movimiento diferencial destinado como en los triciclos ordinarios á hacer independientes las dos ruedas motrices. Las dos ruedas directoras están colocadas en la parte anterior del vehículo. El coche puede evolucionar sobre sí mismo describiendo una curva de tres metros de radio. Las llantas de las cuatro ruedas de acero están provistas de una guarnición de caucho.

Cuatro personas pueden ir sentadas en el coche: la que hace las veces de cochero se sienta á la derecha, teniendo al alcance de su mano el guión director, la palanca del freno, la del cambio de marcha, la manivela de la espita de admisión del gas, la empuñadura que gobierna la marcha hacia atrás y, debajo del pie, el pedal con que se interrumpe la comunicación entre las piezas de la máquina que se comunican el movimiento entre sí.

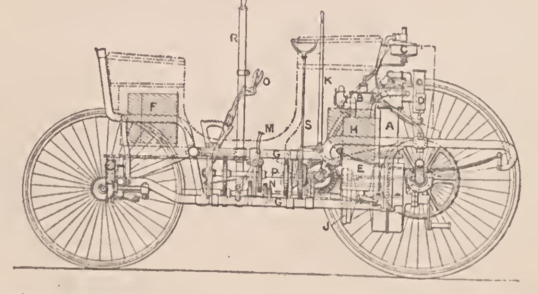
El motor, cuya fuerza es de dos caballos de vapor, está alimentado por gasolina ó esencia de petróleo, contenida en un recipiente llamado *carburador*, donde se volatiliza para penetrar luego en forma de gas en los cilindros de la máquina, produciéndose las explosiones por medio de dos mecheros con dedos de platino encerrados en una caja de hierro á manera de linterna.

La velocidad invariable del motor es de unas 550 vueltas por minuto; su potencia, también invariable, de dos caballos de vapor basta para lograr en un camino liso y sin pendientes una velocidad de 18 kilómetros por hora. Para subir las cuestas es preciso disminuir la marcha, para lo cual se apoya el talón sobre el pedal interruptor y se oprime al mismo tiempo con la mano derecha la palanca de cambio de marcha, siendo indispensable que los dos movimientos se ejecuten simultáneamente. De este modo se puede reducir la velocidad á 15'800, 10'500 y 5'300 kilómetros, y disminuyendo así la rapidez del movimiento pueden vencerse pendientes de 8 y 10 centímetros por metro.

Para poner en movimiento el motor, se empieza por encender los mecheros, y á los dos minutos, cuando los dedos de platino han llegado á la temperatura del rojo, se da con una mano dos ó tres vueltas al manubrio de atrás y con la otra se regula la espita de admisión del gas, con lo que la máquina echa al momento á andar.

Las explosiones del gas desarrollan en el interior de los cilindros un calor que no tardaría en dificultar por completo el movimiento de los pistones, si la caja en que éstos van encerrados no se enfriara continuamente. A fin de lograr este resultado, una bomba centrífuga movida por el mismo motor hace circular alrededor de los cilindros una corriente de agua que pasa luego á los tubos del armazón de la máquina. El coche lleva un freno de bastante potencia para pararlo casi instantáneamente, cualquiera que sea la velocidad con que corra: la palanca correspondiente á este freno hace funcionar al propio tiempo un cono interruptor, de suerte que es imposible engalgar sin haber hecho antes el motor independiente de la transmisión del movimiento.

En cuanto el motor ha adquirido su velocidad puede emprenderse la marcha: el conductor coge con la mano derecha el puño de la palanca del freno, que es al propio tiempo la palanca que establece é interrumpe la comunicación, le imprime un ligero movimiento hacia atrás y el coche echa á andar.



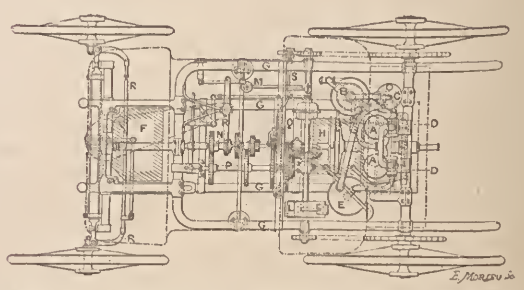


Fig. 2. Sección y plano del coche movido por el petróleo. – A. Motor de gasolina, de dos cilindros, con fuerza de dos caballos de vapor. – B. Carburador. – C. Depósito de gasolina que alimenta los mecheros. – D. Mecheros que calientan los tubos de platino que inflaman el gas. – E. Cilindro de escape que sirve para amortiguar el ruido. – F. Depósito de petróleo. – G. Bastidor de tubos de acero por el cual circula el agua que enfría los cilindros. – H. Depósito de agua. – I. Bomba centrífuga para la circulación del agua. – J. Disco de fricción para hacer independiente la máquina. – K. Palanca para hacer independiente la máquina y para el freno. – L. Freno de collar. – M. Pedal de interrupción. – N. Juego de piñones que corre sobre el árbol para el cambio de velocidad. – O. Palanca para el cambio de velocidad. – P. Juego de ruedas que transmiten el movimiento al piñón de cadena por intermediación de ruedas de ángulo. – Q. Movimiento diferencial. – R. Dirección. – S. Cambio de marcha.

Es conveniente iniciar el movimiento con precaución marchando á pequeña velocidad para evitar un choque violento en el momento de partir, pudiendo acelerarse la marcha inmediatamente después.

Para obtener la marcha atrás basta levantar con la mano derecha una empuñadura que atraviesa el asiento.

A fin de dar una idea de lo que puede hacer el coche movido por petróleo que damos á conocer, bastará resumir la historia del viaje realizado recientemente por él desde Valentigny á Brest.

El vehículo completamente dispuesto para la marcha pesa 530 kilogramos, y en el viaje á que nos referimos contenía 42 kilogramos de objetos diversos, útiles y equipajes. La provisión de gasolina (esencia de petróleo muy volátil) necesaria para recorrer 300 kilómetros es de 28 litros.

Estimando la velocidad media efectiva, es decir, sin contar las paradas, en 15 kilómetros por hora, puede andarse, con la provisión indicada, durante 20 horas de marcha efectiva, y como la gasolina cuesta 50 céntimos de peseta el litro, resulta un gasto de 0,046 pesetas por kilómetro. La densidad de la gasolina empleada debe ser de 670 á 680 ó 690.

El coche que hemos ensayado en París el día 21 de septiembre último, que reproduce la fig. 1, es el mismo que sin avería importante hizo el viaje de Valentigny á Brets, ida y vuelta, en 139 horas de marcha efectiva: siendo el trayecto de 2.047 kilómetros, resulta que la velocidad media fué de 15 kilómetros por hora. Después de su regreso, el coche siguió funcionando perfectamente y hace poco ha sido vendido en París á un industrial alsaciano que lo utilizó para regresar á Mulhouse, habiendo efectuado el viaje con toda felicidad.

Estas pruebas son suficientes para demostrar que el nuevo coche movido por el petróleo funciona bien y es realmente de utilidad práctica.

G. TISSANDIER

(1) Véase el núm. 476 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA.

***

NUEVAS APLICACIONES DEL PAPEL

El papel, que ya se empleaba antes para la edificación, utilízase ahora para la confección de cristales, macetas, rieles, ruedas, herraduras, poleas de transmisión, utensilios de laboratorio, toneles, etc. Los cristales de papel tienen toda la apariencia de vidrios blanquecinos con la propiedad de interceptar los rayos luminosos dejando pasar los caloríficos. Las poleas de transmisión concebidas por M. Burot tienen un cubo de hierro fundido y brazos también de hierro que contienen un armazón sobre el cual descansa la pina de papel. Este armazón mantiene la pina durante la fabricación y le da mayor solidez. El papel de una calidad especial está colado, arrollado y comprimido en el armazón en una operación sola; luego debe secarse la corona y se moja en una mezcla de aceite de lino y de resina. Las macetas de papel, cuya invención se debe á M. Mauricio Pommarede, tienen sobre las de barro la ventaja de ser mucho más ligeras y no frágiles. Si el precio resulta notablemente inferior al de éstas, podrían reemplazarlas los horticultores en el consumo considerable que de ellas hacen. Esas macetas de papel son imputrefactibles, impermeables é hidrófugas, y como sus similares de barro cocido se prestan á la ornamentación: cubiertas de una capa de barniz ó pintadas, tienen sobre las macetas de lujo de tierra la ventaja de adaptarse mejor á todas las formas que á la fantasía del fabricante le place darles. También en la fabricación de ciertos muebles se ha tratado de sustituir el papel á la madera, y aunque hasta ahora no se ha pasado de la vía de ensayos, no tardaremos en ver salones Luis XVI, tocadores Luis XV y comedores de estilo gótico, todo construído con papel.

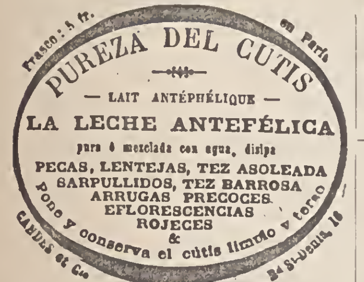
(De *La Nature*)

CIFRAS DECORATIVAS PARA ARTES E INDUSTRIAS

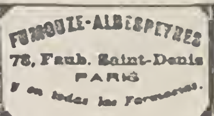
POR

J. MASRIERA Y MANOVENS ✣ MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

Véndese formando un precioso álbum, encuadernado en tela, al precio de 15 ptas. ejemplar



PAPEL ó CIGARROS
ANTI-ASMÁTICOS BARRAL
PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
EL PAPEL O LOS CIGARROS DE Bin BARRAL
disipan casi INSTANTÁNEAMENTE los Accesos.
DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.



JARABE DE DENTICION
FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE Ó HACE DESAPARECER
LOS SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICIÓN.
EXÍJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS
DEL Dr DELABARRE


36, Rue Vivienne **SIROP du Doctr FORGET** RHUMES, TOUX, INSOMNIES, Crises Nerveuses


LA SAGRADA BIBLIA

EDICIÓN ILUSTRADA
á 10 céntimos de peseta la entrega de 16 páginas

Se envían prospectos á quien los solicite dirigiéndose á los Sres. Montaner y Simón, editores

Jarabe Laroze

DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Desde hace mas de 40 años, el **Jarabe Laroze** se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las **gastritis, gastraljias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes**, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.

JARABE
al Bromuro de Potasio
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histéria, migraña, baile de Sn-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la denticion; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.

Fábrica, Espediciones : J.-P. LAROZE 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.
Deposito en todas las principales Boticas y Droguerias

PAPEL WLINSI

Soberano remedio para rápida curacion de las **Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos,** de los **Reumatismos, Dolores, Lumbagos,** etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.

Depósito en todas las Farmacias

PARIS, 81, Rue de Seine.

GRANO DE LINO TARIN

Farmacéutico, place des Petits-Pères, 9, PARIS

PREPARACION ESPECIAL *para combatir con éxito* ESTREÑIMIENTOS COLICOS IRRITACIONES ENFERMEDADES DEL HIGADO Y DE LA VEJIGA

Exíjanse las cajas de hoja de lata

Una cucharada por la mañana y otra por la tarde en la cuarta parte de un vaso de agua ó de leche

En todas las farmacias

LA CAJA : 1 FR. 30

CARNE y QUINA

El Alimento mas reparador, unido al Tónico mas energico.

VINO AROUD CON QUINA

Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS SOLUBLES DE LA CARNE

CARNE y QUINA! son los elementos que entran en la composicion de este potente reparador de las fuerzas vitales, de este **fortificante por escelencia.** De un gusto sumamente agradable, es soberano contra la *Anemia* y el *Apocamiento*, en las *Calenturas* y *Convalecencias*, contra las *Diarreas* y las *Afecciones* del *Estómago* y los *intestinos*.

Cuando se trata de despertar el apetito, asegurar las digestiones, reparar las fuerzas, enriquecer la sangre, entonar el organismo y precaver la anemia y las epidemias provocadas por los calores, no se conoce nada superior al **Vino de Quina de Aroud.**

Por mayor. en Paris, en casa de J. FERRÉ, Farmaceutico, 102, rue Richelieu, Sucesor de AROUD.
SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS.

EXIJASE el nombre y la firma AROUD

Curación segura
DE
la *COREA*, del *HISTERICO*
de las CONVULSIONES, del NERVOSISMO,
de la Agitacion nerviosa de las Mugeres
en el momento
de la Menstruacion y de
LA EPILEPSIA
CON LAS
GRAJEAS GELINEAU
En todas las Farmacias
J. MOUSNIER y Cie, en Sceaux, cerca de Paris

GARGANTA
VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN

Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y specialmente á los Sñrs **PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES** para facilitar la emicion de la voz.—PRECIO : 12 REALES.

Exigir en el rotulo a firma

Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL Dr FRANCK

Querido enfermo. — Fíese Vd. á mi larga experiencia, y haga uso de nuestros GRANOS de SALUD, pues ellos le curarán de su constipacion, le darán apetito y le devolverán el sueño y la alegría. — Así vivirá Vd. muchos años, disfrutando siempre de una buena salud.

Las Personas que conocen las
PILDORAS DEL Dr DEHAUT
DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el causancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

Enfermedades del Pecho
Jarabe Pectoral
DE
P. LAMOUROUX
Antes, Farmacéutico
45, Calle Vauvilliers, Paris.

El Jarabe de Pierre Lamouroux es el Pectoral por excelencia *como edulcorante de las tisanas, á las cuales comunica su gusto agradable y sus propiedades calmantes.*
(Gaceta de los Hospitales)

Depósito General : 45, Calle Vauvilliers, 45, PARIS
Se vende en todas las buenas farmacias.



GOTA Y REUMATISMOS

Curacion por el **LICOR** y las **PILDORAS** del **Dr Laville :**
El **LICOR** *se emplea en el estado agudo;* las **PILDORAS**, *en el estado crónico.*

Por Mayor : F. COMAR, 28, rue Saint-Claude, PARIS
Venta en todas las Farmacias y Droguerias.—Remítese gratis un Folleto explicativo.
EXIJASE EL SELLO DEL GOBIERNO FRANCES Y ESTA FIRMA :



CLORÓSIS. — ANÉMIA. — LINFATISMO

El Proto-Ioduro de Hierro es el reparador de la sangre, el fortificante y el microbicida por excelencia.

El **Jarabe** y las **Grajeas** con proto-ioduro de hierro de **F. Gille,** *no podrian ser demasiado recomendados en razón de su pureza química, de su inalterabilidad y de su solubilidad constantes.*
(Gaceta de los Hospitales).

DEPÓSITO GENERAL : 45, Rue Vauvilliers, PARIS. Depósito en todas las Farmacias.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjanse para informes á los Sres A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61. París.—Las casas españolas pueden hacerlo en la oficina de publicidad de los Sres. Calvet y C.a, Diputación, 358, Barcelona

NUESTROS GRABADOS

La atleta miss Victorina. – Entre las curiosidades que se exhiben en el teatro de Variedades del Palacio de Cristal de Leipzig, figura la atleta miss Victorina, que es sin disputa una de las mejores en su género, pues á su fuerza extraordinaria une una corrección de formas irreprochable y una gracia especial en la manera de hacer sus ejercicios. De sus varias habilidades, tales como levantar pesos enormes, romper gruesas cadenas, etc., la más prodigiosa es la que consiste en detener un proyectil de doce libras disparado por un cañón á diez pasos de la boca de éste: otra no menos notable es la que representa nuestro grabado, ó sea la de romper á fuerza de la distensión de los músculos una cadena atada al brazo.

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION
POR AUTORES Ó EDITORES

ENSAYO SOBRE EL ARTE DE NAVEGAR POR DEBAJO DEL AGUA, *escrito por el inventor del «Ictíneo» ó barco-pez, Narciso Monturiol.* – Algunos amigos y admiradores del inventor del *Ictíneo* han publicado lujosamente impresa la luminosa memoria descriptiva del barco submarino y una interesante introducción en que se describen las vicisitudes por que pasó el invento: ambos documentos fueron escritos por el mismo Monturiol, y en la edición que ahora de ellos se ha hecho precédeles un prólogo de D. Juan Mañé y Flaquer, en el que se hace una semblanza tan sentida como justa del eminente hombre de ciencia que indudablemente dió un paso gigantesco en la resolución del trascendental problema de la navegación submarina, y que por causas que no hemos de señalar halló sinsabores y no pocas pérdidas materiales allí donde hubiera debido encontrar sólo dichas y gloria.

Lleva el libro el retrato del Sr. Monturiol, una fototipia reproducción del *Ictíneo* y dos láminas con las secciones vertical y horizontal del barco y las transversales de varios detalles del mismo.

***

PROSODIA CASTELLANA Y VERSIFICACIÓN, *por don Eduardo Benot.* – Que esta obra es interesante y de indispensable estudio pruébalo la sola enunciación de su título; que las importantes materias en ella contenidas están sabiamente tratadas, demuéstrase con la simple enunciación del nombre de su autor, quizás el primer gramático de nuestra patria. Por lo que vemos en el primer cuaderno, único hasta ahora publicado, el Sr. Benot se muestra verdaderamente revolucionario en materias de acentuación; y la verdad es que leyendo las razones en que apoya sus teorías, la lógica de las mismas se impone, aunque su novedad cause de pronto cierta extrañeza.

La obra, editada por D. Juan Muñoz Sánchez, de Madrid, se reparte por cuadernos semanales de 32 páginas al precio de dos reales uno y formará 3 tomos de unas 400 páginas. Suscríbese en casa del editor, Fúcar, 3, Madrid, y en las principales librerías de provincias.



LA ATLETA MISS VICTORINA que actualmente se exhibe en el teatro de Variedades del Palacio de Cristal de Leipzig

***

ZARAGOZA ARTÍSTICA, MONUMENTAL É HISTÓRICA, *por A. y P. Gascón de Cotor.* – Los cuadernos 44 y 45 de esta importante obra, además del excelente texto contienen cuatro hermosas fototipias que representan: una Venus, estatua romana de mármol de Carrara, tablero y ménsulas árabes del castillo de la Aljafería, un detalle del interior de la mezquita del palacio de la Aljafería y un facsímile de una página de un códice aljamiado. Llevan además tres bonitos fotograbados que reproducen el altar del oratorio del arzobispo Mur, el interior del cimborrio de la Seo y un retablo del altar mayor del templo de Santa Engracia.

Suscríbese al precio de una peseta el cuaderno en casa de los autores, Contamina, 25, 3.°, Zaragoza, y en las principales librerías, y en Barcelona en la de D. Arturo Simón, Rambla de Canaletas, 5.

***

DR. ANDRÉS LAMAS, bosquejo crítico literario. A HISTÓRICO PASADO, RISUEÑO PORVENIR, poema argentino, *por D. R. Monner Sans.* – De estos dos folletos, el primero es un estudio concienzudo de una de las personalidades más salientes del Río de la Plata, y el segundo un canto entonado en armoniosos versos en loor de las glorias de la República Argentina. Uno y otro revelan las notables dotes de crítico justo, escritor castizo é inspirado poeta que adornan al Sr. Monner Sans.

***

JUSTICIA Y POLÍTICA, *por D. Antonio Aguilar.* – Con el título de *Actualidades (Cartas á mi padrino)* viene dando á luz el Sr. Aguilar una serie de notables estudios sobre cuestiones de innegable trascendencia relacionadas con la administración de la justicia. En el último publicado ocúpase con imparcialidad y elevación de miras del interesante problema de la influencia de la política sobre los tribunales, y al exponer con irrebatibles argumentos los gravísimos males que este estado de hecho acarrea á la sociedad, ocúpase de una manera concienzuda en los dos mportantes principios de la independencia y de la responsabilidad judiciales y censura con rasgos felices la conducta que una parte de la prensa sigue al tratar de lo que á la justicia se refiere.

Es este un folleto que se lee con sumo gusto, pues además de ser interesante está muy bien escrito. Ha sido editado por D. Fernando Fe, de Madrid, y se vende en las principales librerías al precio de una peseta cincuenta céntimos.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN